

IV. EL URBANISMO PROGRESISTA

* Tony Garnier	257
* Walter Gropius	270
* Charles-Edouard Jeanneret llamado Le Corbusier	282
* Stanislas Gustavovitch Strumilin	304

V. EL URBANISMO CULTURALISTA

* Camillo Sitte	315
* Ebenezer Howard	339
* Raymond Unwin	356

VI. EL URBANISMO NATURALISTA

* Frank Lloyd Wright	363
----------------------	-----

VII. TECNOTOPIA

Eugène Hénard	385
Informe Buchanan	392
Iannis Xenakis	409

VIII. ANTROPÓPOLIS

Patrick Geddes	421
Marcel Poète	432
Lewis Mumford	438
Jane Jacobs	450
Leonard Duhl	466
Kevin Lynch	472

IX. LA FILOSOFÍA DE LA CIUDAD

Victor Hugo	497
Georg Simmel	504
Oswald Spengler	521
Martin Heidegger	531

EN TORNO AL URBANISMO

La sociedad industrial es urbana. La ciudad es su horizonte. A partir de ella surgen las metrópolis¹, las conurbaciones², los grandes conjuntos de viviendas. Sin embargo, esa misma sociedad fracasa a la hora de ordenar tales lugares. La sociedad industrial dispone de especialistas de la implantación urbana. Y, a pesar de todo, las creaciones del urbanismo, a medida que

1. La metrópoli existe desde la Antigüedad; si no Nínive y Babilonia, por lo menos Roma y Alejandría planteaban ya a sus habitantes algunos de los problemas que hoy vivimos (cf. J. Carcopino, *La vie quotidienne à Rome*, Hachette, París, 1939). Pero la metrópoli era entonces una excepción, un caso extraordinario; el siglo xx, por el contrario, podía ser denominado la era de las metrópolis. Alcanzan éstas unas cifras de población ante las cuales habría retrocedido la imaginación de las mentes más audaces. David Hume fue uno de los aventurados; en un ensayo, titulado *On the Populousness of Ancient Nations*, estimaba que «según la experiencia de los tiempos pasados y presentes, existe una especie de imposibilidad para que cualquier ciudad pueda rebasar de los 700.000 habitantes». William Petty fue el único que en su época se acercó a la realidad cuando, en 1686, fijó en cinco millones la población futura de Londres. En 1889, Julio Verne previó ciudades de diez millones de habitantes; pero, para el año 2889.

2. El término fue creado por Patrick Geddes para designar esas aglomeraciones urbanas que invaden toda una región, a causa de la influencia atractiva de una gran ciudad. En *Cities in evolution* (1915), señala (pág. 34) que es necesario un hombre para designar esas regiones urbanas, esos agregados con aire de ciudad, y, añade: «¿Por qué no utilizar conurbación como expresión de ese nuevo modo de agruparse la población?» Usará este neologismo para designar el gran Londres, y las regiones que lo rodean, especialmente, Manchester y Birmingham.

aparecen, son objeto de controversia y puestas en tela de juicio. Ya se hable de las *quadras* de Brasilia, de los cuadriláteros de Sarcelles, del fórum de Chandigarh, del nuevo fórum de Boston, de los *highways* que dislocan San Francisco o de las autopistas que perforan las entrañas de Bruselas siempre surge idéntica insatisfacción, idéntica inquietud. La magnitud del problema queda demostrada por la abundante literatura que suscita desde hace veinte años³.

Este libro no se propone ofrecer una contribución complementaria a la crítica de los hechos; no trata de denunciar una vez más la monotonía arquitectónica de las nuevas ciudades o la segregación social que reina en ellas. No hemos querido buscar la significación misma de los hechos, ni poner en evidencia las razones de los errores cometidos, la raíz de las incertidumbres y de las dudas que levanta hoy cualquier nueva propuesta de ordenación urbana. Nuestro análisis y nuestras críticas se dirigen, pues, a las ideas que proporcionan sus bases al urbanismo.

El mismo término, urbanismo, debe ser definido antes que nada, ya que está cargado de ambigüedad. Recogido por el lenguaje corriente, designa tanto los trabajos de ingeniería como los planes de las ciudades o las formas urbanas características de cada época. De hecho, la palabra «urbanismo» es reciente. G. Bardet

3. Tendremos una idea de esta abundancia si nos remitimos a dos colecciones bibliográficas: *Villes nouvelles, éléments d'une bibliographie*, selección realizada por J. Viet (*Rapports et documents des sciences sociales*, n.º 12, U.N.E.S.C.O., París, 1960), que reúne más de seiscientos títulos, gran parte de los cuales proceden de los países socialistas; y *Urban Sociology: A Bibliography*, publicada a fines de 1963 por R. Gutman, profesor del Urban Studies Center de la Universidad del Estado de Rutgers. El autor se propone demostrar en esta bibliografía que «un número creciente de urbanistas profesionales (*planners*), en lugar de concentrarse en la transformación y control del circundante medio físico, se preocupan de modelar las estructuras sociales y culturales de las ciudades».

sitúa su aparición en el año 1910⁴. El diccionario Larousse lo define como «ciencia y teoría del establecimiento humano»*. Este neologismo corresponde a la presencia de una realidad nueva: hacia fines del siglo XIX, la expansión de la sociedad industrial produce el nacimiento de una disciplina que se distingue de las artes urbanas anteriores por su carácter reflexivo y crítico, y por su pretensión científica. En el curso de las páginas siguientes, «urbanismo» se empleará exclusivamente en esta acepción original.

El urbanismo no discute la necesidad de las soluciones que preconiza. Aspira a una universalidad científica; según palabras de uno de sus representantes, Le Corbusier, reivindica «el punto de vista verdadero». Pero las críticas dirigidas a las creaciones del urbanismo se hacen igualmente en nombre de la verdad. ¿En qué se basa este enfrentamiento de verdades parciales y antagónicas? ¿Cuáles son los paralogismos, los juicios de valor, las pasiones y los mitos que revelan o disimulan las teorías de los urbanistas y las contrapropuestas de sus críticos?

Hemos tratado de desentrañar el sentido explícito o latente en los unos y en los otros. Para lograrlo, hemos acudido a la historia de las ideas, en lugar de partir directamente de las controversias más próximas. Porque resulta que el urbanismo quiere resolver un

4. Según G. Bardet (*L'urbanisme*, P.U.F., París, 1959) pudo aparecer por primera vez en 1910 en el *Bulletin de la Société géographique de Neufchatel*, debida a la pluma de P. Clerget. La *Société française des architectes-urbanistes* se fundó en 1914, bajo la presidencia de Eugène Hénard. El *Institut d'urbanisme* de la Universidad de París fue creado en 1924. El urbanismo se incluye por primera vez entre la enseñanza en la Escuela de Bellas Artes de París a partir de 1953, y su explicación corre a cargo de A. Gutton. La nueva disciplina se incorpora sólo al «marco de la teoría de la arquitectura». El curso profesado por A. Gutton se convierte en el tomo VI de sus *Conversations sur l'architecture*, y se titula *L'urbanisme au service de l'homme* (Vincent Fréal, París, 1962).

problema (la ordenación de la ciudad maquinista) que se planteó mucho antes de su creación, en las primeras décadas del siglo xix, en el momento en que la sociedad industrial empezaba a tomar conciencia de sí misma y a preguntarse sobre sus propias realizaciones. El estudio de las primeras respuestas dadas a esta cuestión debe aclarar los planteamientos que siguieron y revelar en toda su pureza ciertas motivaciones fundamentales que los sedimentos del lenguaje, las racionalizaciones del inconsciente y las astucias de la historia se encargaron luego de disimular.

Por consiguiente, hemos interrogado en primer lugar a aquellos pensadores que, desde Owen y Carlyle a Ruskin y Morris, desde Fourier y Cabet a Marx y Engels, se ocuparon, en el curso del siglo xix, del problema, de la ciudad, sin disociarlo, por otra parte, nunca, de las cuestiones surgidas en torno a la estructura y a la significación de la relación social. Reunimos el conjunto de sus reflexiones y propuestas bajo el concepto de «preurbanismo».

Este echar mano de la historia debería permitir la construcción de un cuadro de referencia a partir del cual se aprehendiese el sentido real del urbanismo propiamente dicho, bajo sus diversas fórmulas y formulaciones, y se situasen los problemas actuales de la ordenación urbana. Este método, sin embargo, no debe inducir a confusión. En las páginas siguientes, no se va a exponer una historia⁵ del urbanismo o de las ideas relativas a la ordenación urbana, sino un intento de interpretación.

5. Los estudios sobre la historia del urbanismo son, además, poco numerosos. Recordamos el de Pierre Lavedan, que es el más autorizado en la materia (*Histoire de l'urbanisme*, H. Laurens, 1926-1952).

I. EL PREURBANISMO

A. GÉNESIS: LA CRÍTICA DE LA CIUDAD INDUSTRIAL

Para situar las condiciones en las cuales se plantean, en el siglo xix, los problemas de la ordenación urbana, conviene recordar algunos hechos.

Desde un punto de vista cuantitativo, la revolución industrial es seguida casi inmediatamente por un impresionante crecimiento demográfico en las ciudades y por un drenaje, sin precedentes, del campo, en beneficio del desarrollo urbano. La aparición y la importancia de este fenómeno están de acuerdo con el orden y el nivel de industrialización de los países. Inglaterra es el primer escenario de este movimiento que se hace sensible a partir de los censos de 1801; en el Continente, Francia y Alemania la siguen a partir de 1830.

Las cifras son significativas. Londres, por ejemplo, pasa de 864.845 habitantes en 1801 a 1.873.676 en 1841 y 4.232.118 en 1891: en menos de un siglo su población se quintuplicó prácticamente. De forma paralela, el número de ciudades inglesas con más de cien mil habitantes pasa de dos a treinta, entre 1800 y 1895¹.

1. En el mismo período, el número de ciudades de más de cien mil habitantes pasa, en Alemania, de dos a veintiocho y, en

Desde un punto de vista estructural, la transformación de los medios de producción y de transporte, así como la aparición de nuevas funciones urbanas, contribuyen, en las antiguas ciudades de Europa, a hacer saltar los viejos cuadros, a menudo yuxtapuestos, de la ciudad medieval y de la ciudad barroca. Se crea un nuevo orden, de acuerdo con el proceso tradicional² de adaptación de la ciudad a la sociedad que la habita.

En este sentido, cuando Haussmann quiere adaptar París a las exigencias económicas y sociales del Segundo Imperio, no hace sino una obra realista. Y el trabajo que emprende, aunque sea una burla para la clase obrera, aunque extrañe a los estetas del pasado, aunque moleste a los pequeños burgueses expropiados y contrarie sus costumbres, es, sin embargo, la solución más inmediatamente favorable a los dirigentes de las industrias y a los financieros que son a la sazón los elementos más activos de la sociedad. Esto es lo que hace decir a Taine, a propósito del desarrollo de Marsella: «Una ciudad así se parece a los hombres de negocios».

Se puede definir esquemáticamente este nuevo orden por un cierto número de caracteres. En primer lugar, la racionalización de las vías de comunicación, con la apertura de grandes arterias³ y la creación de las estaciones de ferrocarril. Después, la especialización bastante acentuada de los sectores urbanos (barrios de negocios que se agrupan, en las capitales, en

Francia, de tres a doce. En 1800, los Estados Unidos no cuentan con ninguna ciudad con más de 100.000 habitantes; pero, en 1850, tienen seis, que totalizan 1.393.338 habitantes; y en 1890, son veintiocho con una población total de 9.697.960 habitantes.

2. Este proceso de rotura de las estructuras antiguas lo encontramos a lo largo de toda la historia y se produce de acuerdo con las transformaciones económicas de la sociedad.

3. Se han convertido en una necesidad cotidiana, no sólo por razones de civismo, sino, en mayor grado, por la intensificación de los contactos y la aceleración de los transportes.

torno de la Bolsa, la nueva iglesia; barrios residenciales en la periferia, destinados a los privilegiados). Por otra parte, se crean nuevos órganos urbanos que, por su gigantismo, cambian el aspecto de la ciudad: grandes almacenes (en París, Belle Jardinière, en 1824, Bon Marché, en 1850), grandes hoteles, grandes cafés («con 24 billares»), casas de alquiler. En fin, la suburbanización adquiere una importancia creciente: la industria se implanta en los alrededores de la ciudad, las clases media y obrera van a parar a los suburbios y la ciudad deja de ser una entidad espacial bien delimitada (en 1861, el suburbio de Londres representa el 13 % de la aglomeración total, y el de París, el 24 % en 1896)⁴.

Ahora bien, en el preciso momento en que la ciudad del siglo XIX comienza a adquirir su propia fisonomía, provoca un nuevo fenómeno que incita a la observación y a la reflexión. De pronto, aparece como algo externo a los individuos a los que concierne. Éstos se encuentran ante ella como ante un hecho no familiar, extraordinario, extraño. El estudio de la ciudad adquiere en el siglo XIX dos aspectos muy diferentes.

En un primer supuesto, es *descriptivo*.^① se observan los hechos con objetividad, se trata de ordenarlos de manera cuantitativa. La sociología naciente usa de la estadística: se trata incluso de fijar las leyes de crecimiento de las ciudades. Levasseur y Legoyt son los precursores en Francia; más tarde, inspirarán los

4. Cifras usadas por P. Meuriot en *Des agglomérations de l'Europe contemporaine*, París, 1897. Este autor señala «el crecimiento cada vez mayor de las regiones suburbanas», pero no precisa los límites territoriales adoptados para definir los suburbios de Londres y de París. Tales cifras deben, pues, admitirse con reservas; si bien el movimiento demográfico en cuestión es indiscutible ya que no ha dejado de acentuarse. Hoy, cuenta París con cuatro millones de habitantes, y su suburbio con cinco millones, según datos del *Plan d'aménagement et d'organisation générale de la région parisienne* (datos que, por otra parte, coinciden prácticamente con los que da el Instituto Nacional de Estadística).

trabajos de Adna Ferrin Weber en los Estados Unidos⁵. Todos ellos buscan esencialmente llegar a comprender el fenómeno de la urbanización⁶, situarlo en un plano de causas y de efectos. Tratan igualmente de disipar un cierto número de prejuicios que, a pesar de sus esfuerzos, persistirán, sin embargo, hasta nuestros días, y que se refieren especialmente a las incidencias de la vida urbana sobre el desarrollo físico, el nivel mental y la mortalidad de los habitantes⁷.

A este intento de aproximación científica y objetiva que es patrimonio de algunos sabios, se opone la actitud de ciertas mentes a quienes choca la realidad de las grandes ciudades industriales. Para éstas, la información está destinada a integrarse en una polémica, la observación no puede ser sino crítica y normativa; sienten la gran ciudad como un proceso patológico, y crean para designarla las metáforas del cáncer y de la verruga⁸.

Unos están inspirados por sentimientos humanitarios⁹: son funcionarios municipales, eclesiásticos y, sobre todo, médicos e higienistas, los que denuncian, con hechos y cifras en la mano, el estado en que vive el proletariado urbano. Publican unas series de artículos en periódicos y revistas, particularmente en Inglaterra,

5. Cf. Adna Ferrin Weber, *The Growth of Cities in the Nineteenth Century* (primera edición, 1899; reeditada posteriormente por Cornell reprints en Urban Studies, Cornell University Press, 1963).

6. Término que propone G. Bardet para designar el fenómeno espontáneo del desarrollo urbano, por oposición a la expresión organizado a la que aspira el urbanismo.

7. Se estudian especialmente el alcoholismo y la prostitución. Legoyt es el primero que demuestra, con ayuda de las estadísticas, que las prostitutas se reclutan principalmente en los medios rurales, y que el alcoholismo está tan desarrollado en algunas zonas del campo como en las ciudades. Refuta igualmente las teorías alemanas que se refieren al deterioro de las facultades intelectuales que produce la gran ciudad.

8. Ambas tendrán amplio eco. Todavía Le Corbusier, al referirse a París, dice que «es un cáncer que goza de buena salud».

en donde la situación está más agudizada; precisamente en este país, y bajo su influencia, se nombran las célebres Comisiones reales de información sobre la higiene, cuyos trabajos, publicados como Informe al Parlamento, proporcionaron una suma irremplazable de datos sobre las grandes ciudades y contribuyeron a la creación de la legislación laboral y de la vivienda en la Gran Bretaña.

El otro grupo de polemistas está integrado por los pensadores políticos. Su información es a menudo de una amplitud y de una precisión notables. Engels, en particular, puede ser considerado como uno de los fundadores de la sociología urbana. Si acudimos a su análisis de *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*⁹, se observa que, además de sus propias investigaciones, practicadas en el curso de muchos meses, en los slums de Londres, Edimburgo, Glasgow y Manchester, utiliza sistemática y científicamente todos los testimonios de que dispone: informes de la policía, artículos de periódicos, obras eruditas, así como los informes de las Comisiones reales que Marx, por su parte, empleará veinte años más tarde en *El Capital*¹⁰. En este grupo de pensadores políticos, mentes tan diversas o incluso opuestas, como las de Matthew Arnold y Fourier, Proudhon y Carlyle, Engels y Ruskin, coincidirán para denunciar la deplorable higiene física de las grandes ciudades industriales: vivienda obrera insalubre, comparada frecuentemente con las cuevas, dis-

9. Primera edición alemana, Leipzig, 1845. En esta obra, la condición del proletariado inglés se toma como «tipo ideal», dado que la Gran Bretaña ha sido el primer escenario de la revolución industrial y, al mismo tiempo, el lugar de nacimiento del proletariado urbano. Entre las fuentes a las que recurrió Engels, podemos citar especialmente el *Journal of the Statistical Society of London* y el *Report to the Home Secretary from the Poor Law Commissioners on an Enquiry into the Sanitary Condition of the Labouring Classes of Great Britain*, presentado al Parlamento en 1842.

10. *El Capital*, anexo 10.

tancias agotadoras que separan los lugares de trabajo de los de vivienda («la mitad de los obreros del *Strana* se ven obligados a hacer un camino de dos millas para acudir a su taller», constata Marx), vertederos de basura fétidos y ausencia de jardines públicos en los barrios populares. La higiene moral es igualmente criticada; contraste entre los barrios de viviendas de las diferentes clases sociales, que conduce a la segregación; fealdad y monotonía de las construcciones «de la mayoría».

La crítica de estos autores no se puede en modo alguno deslindar de una crítica global de la sociedad industrial, y las taras urbanas que se denuncian aparecen como resultado de las taras sociales, económicas y políticas. La polémica toma sus conceptos del pensamiento económico y filosófico de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Las ideas de Rousseau, Adam Smith y Hegel son usadas con largueza. La industria y el industrialismo, la democracia, las rivalidades de clase, así como el beneficio, la explotación del hombre por el hombre, la alienación en el trabajo, se convierten, a partir de las primeras décadas del siglo XIX, en eje del pensamiento de Owen, Fourier o Carlyle¹¹, cuando afrontan la visión de la ciudad contemporánea.

Es sorprendente comprobar que, con excepción de Marx y de Engels, los mismos que relacionan con tanta lucidez los defectos de la ciudad industrial con el conjunto de las condiciones económicas y políticas del momento, no se mantengan en la lógica de su análisis. Se niegan a considerar esas taras como el reverso de un nuevo orden, de una nueva organización del espacio urbano, promovida por la revolución industrial y el desarrollo de la economía capitalista. No piensan que

11. Cf., por ejemplo, las *Observations on the Effects of the Manufacturing System*, donde Owen denuncia el papel alienante del trabajo industrial. Recordemos, igualmente, los análisis de Fourier y su obsesión por el «trabajo agradable».

la desaparición de un orden urbano determinado implica la aparición de otro orden. Se anticipa así, con una rara inconsecuencia, el concepto de desorden. Matthew Arnold titula su libro *Cultura y anarquía*. Fourier publica *La anarquía industrial y científica* (1847). Por su parte, Considérant declara: «Las grandes ciudades, y sobre todo París, constituyen un triste espectáculo para cualquiera que piense en la anarquía social que traduce en relieve, con una horrorosa fidelidad, este montón informe, este batiborrillo de casas»; y, líneas más abajo, habla de «caos arquitectónico». En definitiva: la distinción no se hace entre orden determinista y orden normativo. Esta confusión procede sin duda de tendencias profundas ya que, un siglo más tarde, la volvemos a encontrar en Gropius que describe el «*planless chaos*» de Nueva York y la «*chaotic disorganization of our towns*»¹²; e incluso en Lewis Mumford que evoca, a propósito de las ciudades del siglo XIX, el «*non-plan of the non-city*»¹³.

—B. LOS DOS MODELOS

Lo que se entiende como un desorden, llama a su antítesis, el orden. Del mismo modo, se va a oponer a este seudodesorden de la ciudad industrial, una serie de propuestas de ordenaciones urbanas libremente fraguadas a escala imaginativa. Como quiera que este tipo de formulación no puede dar una forma práctica

12. *The New Architecture and the Bauhaus*, Faber & Faber, Londres, 1935, 3.ª ed., págs. 108, 109 y 110. [Traducción española: Editorial Lumen, Colección Palabra en el tiempo, Barcelona, 1966.]

13. L. Mumford, *The Culture of Cities*, Harcourt, Brace & Cie, Nueva York, 1932 (título del subcapítulo, pág. 183).

a sus dudas sobre la sociedad, se sitúa dentro de la dimensión de la utopía¹⁴; se orienta, pues, en dos direcciones fundamentales del tiempo: el pasado y el futuro, y adopta dos aspectos: el *nostálgico* y el *progresivo*. De un conjunto de filosofías políticas y sociales (Owen, Fourier, Considérant, Proudhon, Ruskin, Morris) o de verdaderas utopías¹⁵ (Cabet, Richardson, Morris) se desprenden, con mayor o menor lujo de detalles, dos tipos de proyecciones espaciales, de imágenes de la ciudad futura, que, de ahora en adelante, llamaremos «modelos». Por medio de este término, tratamos de subrayar a la vez el valor ejemplar de las construcciones propuestas y su carácter reproducible. Deberá descartarse del empleo de esta palabra cualquier resonancia estructuralista: esos modelos del «preurbanismo» no son estructuras abstractas, sino, por el contrario, imágenes monolíticas, indisociables de la suma de sus detalles.

14. Este concepto no puede ser utilizado si no se hace referencia a la obra capital de K. Mannheim. *Ideología y Utopía* (trad. al castellano de Eloy Terrón, Aguilar, Madrid, 1958). Mannheim, contrariamente a Marx, ha insistido sobre el carácter activo de la utopía en su oposición al statu quo social, y sobre su papel de integrador. «Consideramos como utópicas todas las ideas situacionalmente trascendentes (y no sólo las proyecciones de los deseos) que, de una u otra manera, tiene un efecto transformador sobre el orden histórico-social existente.» No hemos podido adoptar aquí su clasificación de las formas de la mentalidad utópica: nuestro modelo progresista engloba a la vez su «idea humanitaria liberal» y una parte de su «idea socialista-comunista». Además, nuestro modelo culturalista no es enteramente asimilable a la «idea conservadora» (W. Morris era socialista).

15. El siglo XIX fue la edad de oro de las utopías. A pesar de figurar entre las más interesantes, no citamos aquí *Looking Backward*, de Edward Bellamy (1888), ni *Unvoyage a Terra Libre*, de Théodor Hertzka (Viena, 1893), ya que ambas se centran exclusivamente en la cuestión jurídica y económica. Sobre el problema de la utopía, cf. J. O. Hertzler, *The History of Utopian Thought*, 1926; R. Ruyer, *L'utopie des utopies*; O. Riesman, *Some Observations on Community Plans & Utopias*, en *Yale Law Journal*, diciembre de 1947.

-1. El modelo progresista¹⁶

Este modelo lo podemos definir a partir de obras tan diferentes como las de Owen, Fourier, Richardson, Cabet o Proudhon¹⁷.

Todos estos autores tienen en común una misma concepción del hombre y de la razón, que subtiende y determina sus planteamientos relativos a la ciudad. Cuando fundan sus críticas de la gran ciudad industrial en el escándalo del individuo «alienado», y cuando se proponen como objetivo un hombre perfecto, lo hacen en nombre de una concepción del *individuo humano como tipo*, independiente de todas las contingencias y de todas las diferencias de lugares y de tiempos, y que se puede definir por unas necesidades-tipo científicamente deducibles. Un cierto racionalismo, la ciencia y la técnica deben permitir resolver los problemas planteados por la relación de los hombres con el mundo y de los hombres entre sí. Este pensamiento optimista se orienta hacia el porvenir y está dominado por la idea de progreso. La revolución industrial es el acontecimiento histórico clave que posibilitará el devenir humano y promoverá su bienestar. Estas premisas ideológicas son las que nos permiten llamar progresista al modelo que inspiran.

Dicho modelo puede deducirse a priori y a partir únicamente de las «propiedades» del hombre-tipo. Considérant plantea el problema sin ambages: «Dado un hombre, con sus necesidades, sus gustos y sus inclinaciones natos, determinar las condiciones del sistema de construcción más apropiado a su naturaleza» [Se llega así a la «solución de la grande y hermosa cuestión de

16. El marco de esta obra no nos permite analizar las relaciones del preurbanismo progresista con el racionalismo de la filosofía de las luces.

17. Una última versión es la que nos da G. H. Wells en *A Modern Utopia*.

- abierto

- clasificar

- estética y lógica

- armonía según el pasado

- rigidez en modificación

la arquitectura humana, calculada en base a las exigencias de la organización del hombre, y que responde a la totalidad de las necesidades y de los deseos del hombre, que se deduce de sus necesidades y de sus deseos y que se ajusta matemáticamente a las grandes conveniencias primordiales de su constitución física»¹⁸.

Dicho en otras palabras: el análisis racional va a permitir la determinación de un orden-tipo, susceptible de aplicarse a cualquier grupo humano, en cualquier tiempo, en cualquier lugar. Se pueden determinar en dicho orden un cierto número de caracteres.]

① En primer lugar, el espacio del modelo progresista está ampliamente abierto, cuajado de huecos y de verdor. Se trata de una exigencia de la higiene. Ya lo dice claramente Richardson en su *Hygeia*¹⁹, cuyo proyecto explícito consiste en «una ciudad que tenga el más bajo índice posible de mortalidad». El espacio verde ofrece un marco para los ratos de ocio, y está consagrado a la jardinería y al cultivo sistemático del cuerpo. «Tenemos que convertir Francia en un vasto jardín, salpicado de bosques», escribe por su parte Proudhon²⁰. El aire, la luz y el agua deben ser igualmente distribuidos entre todos. Es, dice Godin, «el símbolo del progreso».

② En segundo lugar, el espacio urbano se divide de acuerdo con un análisis de las funciones humanas. Una clasificación rigurosa instala en lugares distintos el habitat, el trabajo, la cultura y los esparcimientos. Fourier llega incluso a localizar por separado las diversas formas de trabajo (industrial, liberal, agrícola).

Esta lógica funcional debe traducirse en una disposición simple, que atraiga la mirada y la satisfaga. En

18. V. Considérant, *Description du phalanstère*, 2.^a ed., París, 1848.

19. Londres, 1876.

20. J. Proudhon, *Du principe de l'art et de sa destination sociale*, París, 1865, pág. 374.

el sistema y en la terminología de Fourier, las ciudades del sexto período, llamado del «garantismo», se ordenan según el «visuismo» (garantías concedidas a la pasión sensitiva de la vista), de donde «veremos surgir el principio de todo progreso social»²¹.

La importancia que se da a la impresión visual indica suficientemente el papel de la estética dentro de la concepción del orden progresista. Es preciso subrayar, sin embargo, la austeridad de esta estética en la que lógica y belleza coinciden. [La ciudad progresista rechaza todo el legado artístico del pasado, para someterse exclusivamente a las leyes de una geometría «natural». Unas ordenaciones sencillas y naturales sustituyen las disposiciones y los adornos tradicionales.]

Considérant no encontrará términos lo bastante condescendientes para calificar las estériles lamentaciones de Victor Hugo ante la desaparición del pintoresco París medieval.

En ciertos casos, el orden específico de la ciudad progresista se expresa con una precisión de detalles y con una rigidez que eliminan la posibilidad de variantes o de adaptación a partir de un mismo modelo. Tal es por ejemplo el caso de los dibujos en los que Fourier representa la ciudad ideal con sus cuatro recintos «a mil toesas de distancia unos de otros», con sus vías de circulación minuciosamente calibradas, con sus casas cuyas alineaciones, alturas e incluso los tipos de

21. Ch. Fourier, *Des modifications à introduire dans l'architecture des villes*, París, 1845. Dentro del sistema de Fourier, «la civilización» corresponde a la sociedad contemporánea. Fourier trata de promover a partir de ahí el «garantismo» (sociedad de las garantías), que debe preceder a su vez a los períodos superiores del «sociantismo» (7.^o período) y del «armonismo» (8.^o período). [Existe una traducción al castellano de la recopilación de textos de Fourier de Félix Armand y René Maublanc (*Fourier*, Editions Sociales Internationales, París, 1937, 2 vols.): *Fourier*, trad. de Enrique Jiménez Domínguez, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.]

ante proposto

pat. or

1/20/2020

23. *Loc. cit.*, pág. 351.

23. *Loc. cit.*, pág. 351.

• autorregenera

$\text{Allyl} \rightarrow 1^\circ \text{mud espacial}$

- air-dry - 60-70%.

$\rightarrow 2^\circ$ " foli-100

potato blight



1

24. La Icaria de Cabet tiene un régimen particularmente autoritario. Es obra de Icar, dictador cuyo modelo lo encontró Cabet en Napoleón, como lo han demostrado acertadamente, primero

ma de valores comunitarios, ascéticos y represivos, que se oculta detrás de fórmulas amables; de ahí que se quiera oponer al tecnocratismo despótico de los saint-simonianos la defensa del consumidor y su cuidado.

El autoritarismo político de hecho, que aparece disimulado en todas esas formulaciones por una terminología democrática, está ligado al objetivo común, mejor o peor asumido, del rendimiento máximo. Lo podemos comprobar en Owen, que no duda en comparar, en atención a la rentabilidad deseable, el buen trato dado a los instrumentos mecánicos con «el buen trato dado a los instrumentos vivos». Esta es también la obsesión de Fourier, que traduce en términos de rendimiento las ventajas del «garantismo» y de «la armonía», sobre los estadios históricos precedentes²⁵.

2. El modelo culturalista

El segundo modelo aparece en las obras de Ruskin y de William Morris; volvemos a encontrarlo de nuevo a finales de siglo en Ebenezer Howard, el padre de

Kropotkin y, más tarde, L. Mumford, en una obra de juventud, cuyos análisis, a veces rápidos, son muy sugestivos: nos referimos a *The Story of Utopia*, 1922 (reeditada por The Viking Press, Nueva York, 1962).

25. «Nuestras ciencias no pueden en modo alguno conducirnos hacia el progreso real, hacia la sociedad de las garantías, la cual remediaría las miserias de la civilización y elevaría el producto en una mitad, como lo demuestra esta tabla del producto aplicada a Francia:

en Patriarcado	3.º período	2 mil millones
en Barbarie	4.º »	4 » »
en Civilización	5.º »	6 » »
en Garantismo	6.º »	9 » »
en Sociantismo	7.º »	15 » »
en Armonismo	8.º »	24 » »

(*L'anarchie industrielle et scientifique*, pág. 48.)

la ciudad-jardín²⁶. Cabe destacar el hecho de que este modelo no cuenta con ningún representante francés. Su punto de partida no es ya la situación del individuo, sino la del grupo humano, la de la ciudad. Dentro de ella, el individuo no es una unidad intercambiable como en el modelo progresista; por sus particularidades y por su propia originalidad, cada miembro de la comunidad constituye por el contrario un elemento insustituible. El escándalo histórico del que parten los devotos del modelo culturalista es la desaparición de la antigua unidad orgánica de la ciudad, que queda eliminada por la presión desintegradora de la industrialización.

El desarrollo de los estudios históricos y de la arqueología, nacida con el romanticismo, producen en gran parte la imagen nostálgica de lo que, en términos hegelianos, puede llamarse la «bella totalidad» perdida. Este tipo de evocación se encuentra en Francia en las obras de Victor Hugo y de Michelet²⁷. Posteriormente, *La cité antique* de Fustel de Coulanges se construye en parte sobre este tema. Y, sin embargo, las descripciones literarias de las ciudades medievales o antiguas no suscitaron entre los franceses ningún planteamiento preurbanista. En Inglaterra, los de Ruskin y Morris se apoyan en una tradición del pensamiento que, desde principios de siglo, había analizado y criticado las realizaciones de la civilización industrial, que era compa-

26. E. Howard publica en 1898 *Tomorrow*, cuya 2.ª edición llevará el título de *Garden Cities of Tomorrow*. Por su impronta socialista y su carácter utópico, de una parte, y por su repercusión práctica inmediata sobre la creación de las primeras *garden-cities* inglesas, de otra, esta obra constituye un verdadero nexo entre el preurbanismo y el urbanismo. Por nuestra parte, la hemos incluido en el urbanismo.

27. Michelet, en su *Histoire de France* (t. 3, 1837), escribe: «La forma de París no sólo es hermosa, sino verdaderamente orgánica» (pág. 375; el subrayado es nuestro). Con lo cual anticipa la terminología de Sitte y, sobre todo, de Wright. [Existe una traducción al castellano de la obra de Michelet, realizada por María Luisa Navarro (Madrid, R.D.P., 1936).]

rada con las otras civilizaciones del pasado. De este modo, se opusieron dos series de conceptos: orgánico y mecánico, cualitativo y cuantitativo, participación e indiferencia. Aquí encontramos ya en germen la famosa distinción entre cultura y civilización, que tan importante papel desempeñará posteriormente en Alemania, dentro de la filosofía de la historia y de la sociología de la cultura.

Los ensayos de Ruskin y de Morris tienen como antecedentes el libro de Pugin: *Contrasts or a parallel between the Noble Edifices in the Middle Ages and Contrasting Buildings of the present Days showing the present decay of Taste* así como los *Ensayos* de Th. Carlyle. En 1829, éste había opuesto, en su artículo *Signs of the Time*, el mecanismo moderno y el organicismo del pasado. En los mismos términos se expresará algo más tarde Matthew Arnold para quien «en nuestro mundo moderno, la civilización entera es, en mayor grado que en las civilizaciones de Grecia o de Roma, mecánica y exterior, y tiende a serlo cada vez más».²⁸

La crítica en la que descansa este modelo es, pues, en principio, nostálgica. Mediante una fórmula, planteada e ilustrada por vez primera por el prerrafaelismo, en el terreno particular de las artes plásticas,²⁹ postula la posibilidad de hacer revivir un estadio ideal y pasado, mediante un «regreso» a las formas de ese pa-

28. Matthew Arnold, *Culture and Anarchy* (1869), Murray, pág. 10.

29. Ruskin y Morris están vinculados al movimiento prerrafaelista. El primero inició la influencia de los futuros prerrafaelistas con su obra *Pintores modernos* (1943); posteriormente defendió varias veces y públicamente sus argumentos, hasta escribir por fin *Los prerrafaelistas*. El segundo se vio poderosamente influido por D. G. Rossetti, a quien conoció en 1856, tras la disolución de la *Preraphaelite Brotherhood* (1851). El prerrafaelismo está ligado al despertar religioso de Oxford y al renacimiento gótico inglés.

sado. La clave de ese modelo no es ya el concepto de progreso, sino el de cultura.

«Los falansterios de Fourier y todas las cosas de ese género no implicaban nada más que un refugio contra la peor indigencia», escribe William Morris en *News from Nowhere*. No se puede expresar con mayor brutalidad la diferencia ideológica que opone a los dos modelos; en el modelo culturalista, la preeminencia de las necesidades materiales desaparece ante la de las necesidades espirituales. Es, pues, fácil prever que la ordenación del espacio urbano se hará según unas modalidades menos rigurosamente determinadas. Sin embargo, para poder realizar la bella totalidad cultural, concebida como un organismo en el que cada uno desempeña su papel original, la ciudad del modelo culturalista debe presentar también un cierto número de determinaciones espaciales y de caracteres materiales.

Esta ciudad, al contrario de la aglomeración del modelo progresista, está, ante todo, bien circunscrita en el interior de unos límites precisos. En tanto que fenómeno cultural, debe formar un contraste sin ambigüedad con la naturaleza, que se intenta conservar en su estado más salvaje; en sus *News*, William Morris propone incluso la creación de verdaderas «reservas» de paisajes. Las dimensiones de la ciudad son moderadas y se inspiran en las de las ciudades medievales que, como Oxford, Ruán, Beauvais o Venecia, sedujeron a Ruskin y a Morris. Este último desterró de su utopía las grandes ciudades tentaculares. Londres quedaba reducida a lo que fue su centro y todas las antiguas aglomeraciones industriales se veían despojadas de sus suburbios. Así, la población a la vez se descentraliza, dispersa en múltiples puntos, y cada uno de éstos se reagrupa más densamente.

En el interior de la ciudad desaparece toda traza de geometrismo. «Dad una vuelta a través de vuestros monumentos de Edimburgo... unos dameros, y más da-

meros, siempre dameros, un desierto de dameros... Esos dameros no son prisiones para el cuerpo sino sepulturas para el alma», exclama Ruskin en una de sus conferencias³⁰. Morris y él preconizan la irregularidad y la *asimetría* que son signo de un orden orgánico, es decir, inspirado por el poder creador de la vida, cuya expresión más elevada viene dada por la inteligencia humana. Únicamente un orden orgánico es susceptible de integrar los elementos sucesivos dados por la historia y de tener en cuenta las particularidades de cada lugar.

La *estética* desempeña, tanto en Ruskin como en Morris, el papel que asignaban a la higiene Owen, Fourier y Richardson. «Una parte considerable de los caracteres esenciales de la belleza está subordinada a la expresión de la energía vital en los objetos orgánicos o a la sumisión a esta energía de objetos naturalmente pasivos e impotentes.»³¹ La fealdad que prodiga la sociedad industrial resulta de un proceso letal, de una desintegración producida por una carencia de cultura que no puede ser combatida más que con una serie de medidas colectivas, entre las cuales se impone especialmente el regreso a una concepción del arte inspirada en el estudio de la Edad Media. «Si el arte, que ahora está enfermo, tiene que vivir y no morir, deberá, en el futuro, venir del pueblo, estar destinado a él y hecho por él.»³² Este arte, medio por excelencia de afirmar una cultura, está ligado a la tradición y no puede desarrollarse sino es a través de un artesanado.

En materia de construcción, *no hay prototipos*, ni standards. Cada edificación debe ser diferente de las demás para expresar así su carácter específico. Ha de

30. J. Ruskin, *Elogio del gótico*, trad. francesa 1910, 2.ª conferencia, pág. 38.

31. *Idem.*

32. W. Morris, *Collected Works*, t. 22, pág. 133 (*The Prospects of Architecture in Civilization*).

prestarse especial atención a los edificios *comunitarios* y culturales, a expensas del *habitat* individual. La suntuosidad y el esmero arquitectónico de los unos contrastan con la sencillez de los otros. Sin embargo, no habrá dos viviendas semejantes: «Pueden parecerse por el estilo y por la manera, pero, cuando menos, quisiera verlas con unas diferencias que convinieran a los caracteres y a las ocupaciones de sus moradores», precisa Ruskin.³³

La ciudad del modelo culturalista se opone a la ciudad del modelo progresista por su clima *propiamente* urbano. En el plano político, la idea de comunidad y de alma colectiva se perfecciona en fórmulas *democráticas*. En el plano económico, el *antiindustrialismo* es manifiesto, y la producción no se plantea en términos de rendimiento, sino desde el punto de vista de su relación con el desarrollo armónico de los individuos, que «gozan de una vida feliz y llena de ocios». No obstante, para asegurar el funcionamiento del modelo culturalista de acuerdo con las normas preindustriales que acabamos de definir, la coacción se vuelve a introducir *insidiosamente*. La integración del pasado en el presente no tiene lugar sino a condición de eliminar lo imprevisible. Y así lo atestiguan tanto el *malthusianismo* al que están sometidas las ciudades, como el ostracismo que marca las transformaciones técnicas introducidas por la revolución industrial en los modos de producción. La temporalidad creadora no tiene cabida en este modelo. Fundado en el testimonio de la historia, se cierra a la historicidad.

Por supuesto, los modelos progresista y culturalista no se presentan en todos los autores y en todos los textos de forma tan rigurosa y contrastada. Por mucho

33. J. Ruskin, *Las siete lámparas de la arquitectura*.

que Proudhon se erija en campeón del funcionalismo y razone en términos de individuo medio, su individualismo le impide determinar con rigor el plano de la ciudad ideal. Fourier, el promotor de las ciudades-standard, quiere paradójicamente asegurar el placer y la variedad a sus moradores; critica el orden «monótono» e imperfecto de las «ciudades civilizadas que nos sabemos de memoria en cuanto hemos visto dos o tres calles». ³⁴ El propio Ruskin ve tambalearse su vocación hacia el pasado y llega a veces a poner en tela de juicio el sistema gótico.

Sin embargo, todos ellos imaginan la ciudad del porvenir en términos de modelo. En todos los casos, la ciudad, en lugar de ser pensada como proceso o como problema, es siempre planteada como una cosa, como un objeto reproducible. Es sustraída de la temporalidad concreta y se convierte, en sentido etimológico, en utópica, es decir, de ninguna parte ³⁵

Además, en la práctica, los modelos del preurbanismo no dan lugar más que a un número insignificante de realizaciones concretas que se llevan a cabo a escala reducida. Esencialmente son, en Europa, los establecimientos de Owen en New Lanark y los de Godin en el falansterio de Guisa; en los Estados Unidos, las «colonias» fundadas por los discípulos de Owen, de Fourier y de Cabet. Todos ellos se desmoronaron con bastante rapidez. Su fracaso se explica por el carácter coactivo y represivo de su organización, y, sobre todo, por su ruptura con la realidad socioeconómica contemporánea.

Estas experiencias pertenecen para nosotros al te-

34. *Loc. cit.*, p. 18.

35. Como recuerda L. Mumford, el propio Th. More, inventor del término «utopía», reveló el juego de palabras en el que se había basado para construir este neologismo, así como su doble etimología: *eutopia* (lugar agradable) y *outopia* (sin lugar, de ninguna parte).

rreno de las curiosidades sociológicas. Como contrapartida, los modelos del preurbanismo presentan hoy un considerable interés epistemológico. Por su origen crítico y su fe inocente en lo imaginario, anuncian el método mismo del urbanismo, cuyos planteamientos seguirán un curso parecido a lo largo del siglo xx. Son modelos de modelos ³⁶

C. LA CRÍTICA SIN MODELO DE ENGELS Y DE MARX

En oposición a ciertos pensadores políticos del siglo xix, y a pesar de recoger algunas de las ideas de los socialistas utópicos, Marx, y más explícitamente Engels, criticaron las grandes ciudades industriales contemporáneas sin recurrir al mito del desorden, ni proponer el modelo de la ciudad futura.

La ciudad tiene, según ellos, el privilegio de ser el lugar de la historia. En él, durante un primer período de tiempo, la burguesía se desarrolló y representó su papel revolucionario ³⁷. En él nace el proletariado industrial, al cual incumbirá principalmente la tarea de llevar a cabo la revolución socialista y de realizar el hombre universal. Esta concepción del papel histórico

36. La continuidad ideológica entre el urbanismo y el preurbanismo es real en el caso de las *garden-cities* inglesas. Por el contrario, en el sector progresista, la coincidencia ideológica entre urbanismo y preurbanismo con frecuencia es absolutamente fortuita. Le Corbusier reivindica a Fourier sólo a propósito de la unidad de habitación.

37. Cf. Engels, *Los principios del comunismo* (1847); Marx, *Manifiesto del partido comunista* (1848). [La edición en castellano del *Manifiesto*, puede encontrarse en *Obras escogidas*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1957. Esta edición se apoya en la del Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú.]

de la ciudad excluye el concepto de desorden; la ciudad capitalista del siglo XIX es, por el contrario, para Marx y para Engels, la expresión de un orden que en su tiempo fue creador y que hay que destruir con el fin de superarlo.

No oponen a este orden la imagen abstracta de un orden nuevo. La ciudad no es para ellos sino el aspecto particular de un problema general y su forma futura está ligada al advenimiento de la sociedad sin clases. Antes de cualquier toma de poder revolucionario, es imposible e inútil tratar de prever el ordenamiento futuro. La perspectiva de una acción transformadora sustituye, según ambos, al modelo, tranquilizador pero irreal, de los socialistas utópicos. La acción revolucionaria debe realizar en su desarrollo histórico el establecimiento socialista y, más tarde, comunista: el porvenir está abierto.

De ahí que, al margen de su contribución a la sociología urbana, más arriba señalada, la actitud de Engels y de Marx frente al problema urbano se caracteriza esencialmente por su pragmatismo. Las certidumbres y las precisiones de un modelo son rechazadas en aras de un porvenir indeterminado, cuyo perfil se dibujará progresivamente a medida que se desarrolle la acción colectiva. Así, en *La cuestión de la vivienda*³⁸, Engels no brinda ninguna panacea, ninguna solución teórica a un problema cruelmente vivido por el proletariado. Trata solamente de asegurar a los proletarios, por los medios que sean, una especie de mínimum existencial; de donde proviene su preocupación por la vivienda, a la cual reduce momentáneamente la cuestión urbana. «Por ahora, la única tarea que nos incum-

38. *Zur Wohnungsfrage*, 1.ª edición alemana, 1887. Esta obra es una colección de artículos esencialmente polémicos escritos en 1872; constituyen unas respuestas a las «soflamas sociales» publicadas en forma de artículos por un médico proudhoniano, en el *Volkstaat*.

be es hacer un simple remiendo social e incluso podemos simpatizar con las tentativas reaccionarias», escribe claramente. Las «casas obreras» preconizadas por ciertos socialistas le parecen odiosas porque disimulan su inspiración paternalista bajo la apariencia de una solución revolucionaria. Antes que definir prematuramente unos tipos y unos standards que resultarán forzosamente inadaptados y anacrónicos en relación con las estructuras económicas y sociales del porvenir, vale más instalar pura y simplemente a los obreros en las viviendas y en los barrios cuidados de los burgueses.

El planteamiento de Marx y de Engels pretende ser radical en su voluntad de indeterminación. Encontramos, sin embargo, en ellos una imagen célebre que afecta al porvenir urbano: la de la ciudad-campo, que es el resultado de la «supresión de la diferencia entre la ciudad y el campo»³⁹. Esta ciudad-campo puede sin duda evocar el modelo de las ciudades verdes de Fourier o incluso de Proudhon. El propio Engels observa que «en las construcciones modelos (de los primeros socialistas utópicos, Owen y Fourier), la oposición entre la ciudad y el campo ya no existe». Pero, según Engels y Marx, la noción de «supresión de la diferencia» no puede reducirse a una proyección espacial. Debe

39. La supresión de la diferencia entre la ciudad y el campo no es un objetivo exclusivo de Marx y Engels. Lo encontramos especialmente desarrollado, y en términos análogos, por el socialista cristiano Ch. Kingsley. En su ensayo *Great cities*, predice «una completa interpenetración de la ciudad y del campo, una completa fusión de sus diferentes modos de vida y una combinación de las ventajas de una y de otra, en tal medida que jamás ningún país haya visto nada semejante». Parece probable que esta perspectiva proceda de la observación del desarrollo de los *suburbs*, en los cuales muchos espíritus notables del siglo XIX habían puesto sus esperanzas. Cf. A. F. Weber: «El desarrollo de los *suburbs* nos ofrece la base sólida para esperar que los males de la vida urbana sean, en la medida en que son motivados por una superdensificación, eliminados en gran parte», *loc. cit.*, página 475.

ser entendida esencialmente desde el punto de vista del desequilibrio demográfico y de las desigualdades económicas o culturales que separan a los hombres de la ciudad de los del campo; corresponde al momento de la realización del hombre total, y tiene sobre todo un valor simbólico.

Después de Engels y de Marx, los modelos son rechazados pocas veces. Volverá a oponerse a ellos el anarquista Kropotkin para quien «reglamentar, tratar de prever y ordenar todo sería sencillamente criminal»⁴⁰. En el curso del siglo xx —a parte del breve período de tiempo que sigue a la revolución de octubre, en el que Bukharin en *El A B C del comunismo*⁴¹, y Preobrajensky recogerán con todo rigor la postura adoptada por Engels en *La cuestión de la vivienda*— tanto los dirigentes de la Unión Soviética como los de la China popular disputarán en torno a los modelos y mostrarán especial cuidado en lo que se refiere a la tipología⁴².

D. EL ANTIURBANISMO AMERICANO

La mayoría de los autores que, en la Europa del siglo xix, criticaron la gran ciudad industrial, estaban, no obstante, marcados por una larga tradición urbana; las ciudades europeas se les aparecían, a través de la historia, como la cuna de las fuerzas transformadoras de la sociedad. Lo contrario ocurre en los Estados Unidos, en donde la época heroica de los pioneros

40. *Les temps nouveaux*, 1894, pág. 51.

41. N. Bujarín y E. Preobrajensky, *El A.B.C. del Comunismo* (Capítulo 17, *La cuestión de la vivienda*).

42. Cf. P. George, *La ville*, P. U. F., París, 1952.

está unida a la imagen de una naturaleza virgen. Antes, incluso, de que se hayan observado los primeros rechazos de la revolución industrial, la nostalgia de la *naturaleza* inspira en este país una violenta corriente antiurbana.

El ataque es despiadado, pero no conduce a ningún modelo que sustituya a los que están vigentes. Una tradición antiurbana se inicia así con Thomas A. Jefferson, que es seguido por R. Waldo Emerson, Thoreau, Henry Adam, Henry James; la lista se cierra paradójicamente con el más grande arquitecto de la escuela de Chicago: Louis Sullivan. Los trabajos de M. y L. White⁴³ han analizado con notable agudeza las etapas de esta corriente, con relación a la cual los bardos de la ciudad americana, de Walt Whitman a William James, no representan otra cosa sino unas voces perdidas en el «desierto de la ciudad», unas voces que sofoca «el estrépito antiurbano del panteón literario nacional».

Así, pues, la gran ciudad es sucesivamente criticada desde una serie de ángulos diferentes; lo es, por Jefferson, en nombre de la democracia y de un empirismo político; en nombre de una metafísica de la naturaleza por Emerson y, sobre todo, por Thoreau⁴⁴; en función, al fin, de un sencillo análisis de las relaciones humanas, por los grandes novelistas. Todos estos autores, al unísono, ponen inocentemente sus esperanzas en la restauración de una especie de *estado rural* el que suponen, con ciertas reservas, compatible con el desarrollo económico de la sociedad industrial y que permite por sí solo asegurar la libertad, el florecimiento de la personalidad e, incluso, la verdadera sociabilidad.

43. M. y L. White, *The American Intellectual versus the American Cities*, en *The Future Metropolis*, Braziller, Nueva York, 1961.

44. Cf. R. W. Emerson, *Nature*, 1836, y H. Thoreau, *Walden*, 1854.

El antiurbanismo americano no tiene el alcance de las corrientes del pensamiento examinadas más arriba; no es erigido en ningún momento como método. Sin embargo, debíamos mencionarlo en atención a su influencia sobre el urbanismo americano del siglo xx.

II. EL URBANISMO

El urbanismo difiere del preurbanismo en dos puntos importantes. En lugar de ser obra de generalizadores (historiadores, economistas o políticos), es, bajo sus dos formas, teórica y práctica, patrimonio de especialistas, generalmente arquitectos.

«El urbanista no es más que un arquitecto», afirma Le Corbusier. Igualmente, el urbanismo deja de insertarse dentro de una visión global de la sociedad. Mientras que, a lo largo de su historia¹, el preurbanismo estaba vinculado a una serie de ideas políticas, el urbanismo aparece despolitizado. Esta transformación del urbanismo puede explicarse por la evolución de la sociedad industrial en los países capitalistas. Tras su fase militante, heroica, del siglo xix, las sociedades capitalistas se liberalizan y sus clases dirigentes recogen, arrancándolas de su raíz, ciertas ideas y planteamientos del pensamiento socialista del siglo xix.

1. Así pues, no estamos de acuerdo con N. Benevolo que, en *Le origini dell'urbanistica moderna* (Laterza, 1963), sitúa en 1848 la despolitización del pensamiento relativo a la ordenación urbana. De manera general, la teoría de los preurbanistas está influida más por una teoría de las relaciones sociales que por una política propiamente dicha. Pero esta visión global de la ciudad subsiste hasta principios del siglo xx. William Morris constituye un admirable ejemplo. Los proyectos técnicos que atraen la atención de Benevolo a partir de 1848, no constituyen más que un caso —particularmente espectacular, como consecuencia de la revolución industrial— de una práctica que ha existido siempre; tiende a confundir el urbanismo con la ingeniería civil.

ROBERT OWEN
1771 - 1858

Antes de convertirse en una de las primeras figuras que marcaron el socialismo europeo, Robert Owen vivió personalmente los problemas de la naciente sociedad industrial. Desde los diez años trabajó en una fábrica de algodón. A los diecinueve, dirigía una fábrica de hilados en Manchester y había contribuido al perfeccionamiento de las técnicas del tejido.

En 1798, se casó con una mujer rica lo cual le permitió convertirse en copropietario de la fábrica de New Lanark. De este modo encontró un terreno de experimentación, una ocasión para poner en práctica las reformas sociales inspiradas en su conocimiento directo de la miseria del proletariado industrial. Su esfuerzo se dirigió especialmente a la reducción de las horas de trabajo (jornada de diez horas)¹, a la mejora del hábitat (ciudad modelo, en medio de un espacio verde) y a la puesta en práctica de la escolaridad obligatoria² de acuerdo con los métodos modernos³. Se deben a Owen las primeras escuelas maternas de Inglaterra. Estaba convencido de la absoluta maleabilidad del hombre

1. Aplicada por Owen antes de la existencia de la legislación del trabajo. «Se burlaron de este invento como si se tratara de una utopía comunista», escribe Marx en *El capital*.

2. Cf. Marx, *El capital*, ed. Pléiade, t. I, pág. 937. Owen ha puesto los cimientos de «la educación del futuro el único y exclusivo método para producir hombres completos».

y su teoría de la educación es la piedra angular de todo su sistema: la educación es necesaria al hombre que quiere dominar la máquina y explotar las posibilidades de la revolución industrial³; al mismo tiempo, contribuye a la mejora del rendimiento individual⁴.

New Lanark se convirtió pronto en un lugar de peregrinación para los reformadores sociales de la Gran Bretaña. En cuanto a Owen, esta experiencia le permitió dar un nuevo desarrollo a sus teorías, expuestas en una serie de obras, como:

A New View of Society, or Essays on the Principle of the Formation of Human Character (1813);

Report to the County of Lanark (1816);

The Book of the New Moral World (1836).

En ellas describe su modelo de establecimiento ideal, higiénico, ordenado y formativo: se trata de unas pequeñas comunidades semirrurales de 500 a 3.000 individuos, federadas entre ellas.

Para Owen, este modelo no debía ser sólo teórico. Para realizarlo, compró, en 1825, 30.000 acres de tierra en el estado de Indiana (Estados Unidos) y fundó la colonia de New Harmony. Tres años más tarde, había perdido las cuatro quintas partes de su fortuna y tenía que volver a Europa.

3. Perfectamente consciente del papel alienante de la máquina, Owen es sin embargo un progresista militante. En su *Memoira a los Soberanos aliados... en interés de las clases obreras...* llama significativamente la atención sobre «los efectos extraordinarios que resultan de la introducción de motores perfeccionados, por el progreso de las ciencias, en las manufacturas de Europa y de América; introducción que ha influido ya materialmente sobre el valor del trabajo manual, sobre la salud, sobre la situación y la felicidad de las clases obreras» (pág. 1).

4. «Con los mismos medios el niño puede ser también educado, colocado, empleado y ayudado por unos poderes mecánicos, químicos o que se deban a los descubrimientos de las ciencias. En estas circunstancias, cualquier niño nacido dentro de la clase trabajadora será un núcleo importante para la sociedad» (*idem*, pág. 8).

Su crítica del liberalismo económico y sus propuestas de reforma lo sitúan en el origen del tradeunionismo y de la teoría del socialismo de Estado.

HOMBRE NUEVO, HÁBITAT NUEVO

El hombre es una organización compuesta de diversas facultades corporales e intelectuales, y experimenta necesidades o inclinaciones físicas y morales, sensaciones, sentimientos y convicciones. En la sociedad actual, no existe ningún acuerdo entre esas diferentes inclinaciones; el hombre se encuentra obligado a actuar movido por sensaciones o sentimientos que con frecuencia se oponen a su inteligencia *.

Cuando su carácter esté formado, de manera que se convierta en un ser racional, rodeado de circunstancias conformes a las leyes naturales, todas esas necesidades y sentimientos se encontrarán en estado de armonía *.

En el momento en que estos hechos y leyes de la naturaleza sean plenamente comprendidos y generalmente adoptados en la práctica, se convertirán en el medio para formar un nuevo carácter de la especie humana *. Los hombres * se harán racionales [1].

Una nueva era

Ha llegado el momento en que debe producirse un cambio; debe comenzar una nueva era. El espíritu humano que, hasta ahora, ha estado envuelto en las tinieblas de la más grosera ignorancia * debe al fin iluminarse *. Ha llegado el momento en que todas las naciones del mundo, en que los hombres de todas las razas y de todos los climas, deben ser conducidos a este

género de conocimiento *. No habrá más que un idioma y una nación *.

Los grandes inventos modernos, las mejoras progresivas y el progreso continuo de las ciencias y de las artes técnicas y mecánicas (que, bajo el régimen del individualismo, han aumentado la miseria y la inmoralidad de los productores industriales), están destinados, tras haber causado bastantes sufrimientos, a destruir la pobreza, la inmoralidad y la miseria. Las máquinas y las ciencias están llamadas a hacer todos los trabajos fatigosos e insanos *.

Un establecimiento modelo...

Para realizar los principios que integran la ciencia social, sería deseable que el gobierno estableciese varios núcleos o asociaciones modelo, que contuvieran de 500 a 2.000 habitantes albergados en edificios apropiados para producir y conservar una variedad de productos, y para dar a los niños una educación adecuada * [2]. Cada una de esas pequeñas ciudades nuevas sería un modelo en la medida en que se sostendría, se gobernaría a sí misma, educaría y ocuparía a todos sus miembros * [3].

...sobre un plano cuadriculado

He dibujado un plano sobre el cual se distingue un conjunto de cuadrados formados por edificios. Cada cuadrado puede recibir 1.200 personas y está rodeado de 1.000 a 1.500 acres de terreno.

En el interior de los cuadrados se encuentran los edificios públicos que los dividen en paralelogramos.

El edificio central contiene una cocina pública, unos

refectorios y todo lo que puede contribuir a una alimentación económica y agradable.

Edificios públicos en el centro

A la derecha de ese edificio central, se halla una construcción cuya planta baja está ocupada por el parvulario, y el primer piso, por una sala de conferencias y un lugar destinado al culto.

A la izquierda, se encuentra un edificio que dispone de una escuela para los niños de más edad y una sala para el comité, situadas ambas en la planta baja; en el primer piso, una biblioteca y una sala de reunión para los adultos.

El espacio libre que queda en el interior de los cuadrados se destina al ejercicio y a los esparcimientos, y tiene árboles.

División del hábitat

Tres de los lados de los cuadrados están formados por viviendas, destinadas principalmente a las personas casadas. Cada vivienda tiene cuatro habitaciones y es lo suficientemente espaciosa como para recibir a un hombre, a su mujer y a dos niños.

El cuarto lado está ocupado por los dormitorios para todos los niños que excedan de los admitidos por familia, así como, llegado el caso, a los niños de más de tres años.

En el centro de este cuarto lado se encuentran los pisos de los vigilantes de los dormitorios. En uno de los extremos está situada la enfermería y una especie de hospedería para los forasteros *.

En el centro de los dos primeros lados están los pisos del superintendente, de los ministros del culto, de

los maestros de escuela y del médico, mientras que en el centro del tercero se localizan los almacenes de depósito *.

Espacios verdes que aíslan la industria

En el exterior, detrás de las casas y alrededor de estos cuadrados, se encuentran los jardines, rodeados por las carreteras.

Inmediatamente detrás de los jardines, se sitúan a un lado los edificios consagrados a las actividades mecánicas e industriales. El matadero, los establos, etc..., están igualmente separados del establecimiento colectivo por medio de plantaciones.

Al otro lado, se encuentran los locales destinados al lavado y al planchado. A una distancia aún mayor de los cuadrados, encontramos unas instalaciones agrícolas completamente equipadas para la producción de malta, cerveza, harina, etc.

El cuidado del hombre

Para transformar radicalmente la condición y el comportamiento de las personas desgraciadas, es preciso retirarlos del medio cuya nefasta influencia sufren actualmente y situarlos en unas condiciones conformes a la constitución natural del hombre * y que contribuyan a mejorar su suerte, lo cual conviene al interés de todas las clases *.

Los niños mayores de tres años irán a la escuela, comerán en el refectorio y dormirán en los dormitorios; antes de dejar la escuela, habrán recibido todo lo que les es necesario saber.

Se acostumbrará a los niños mayores a ayudar en la jardinería y en el trabajo industrial durante una par-

te del día, proporcionalmente a sus fuerzas; todos los hombres estarán empleados en la agricultura, en la industria o en cualquier otro sector útil a la comunidad *.

Prospección de los terrenos

Es preciso investigar a través de todo el país y localizar los lugares más propicios para la instalación de estos establecimientos, agrícolas e industriales a la vez.

Todos los terrenos del reino susceptibles de ser adquiridos con este fin deberán estimarse en su justo precio y ser adquiridos por la nación *.

Cuando se hayan adoptado estas disposiciones y se hayan llevado a buen término * se producirán unos resultados admirables. El valor real de la tierra y del trabajo subirá en tanto baja el valor de sus productos *.

Rendimiento de este plan

Este plan permitirá suprimir, dentro de una generación, las subvenciones que se conceden a los miserables, ya que se habrá destruido radicalmente el pauperismo o cualquiera otra degradación de esta especie.

Gracias a él, se encontrarán los medios para aumentar gradualmente la población de los distritos no poblados de Europa y de los Estados Unidos, siempre que el aumento sea juzgado necesario; se logrará que una población mucho más considerable subsista con bienestar; en resumen: se habrá aumentado diez veces la fuerza y el poder político del país en que se adopte [4].

[1] *The Book of the New Moral World*, Londres, 1836, abreviado y traducido por T. W. Thornton: *Le livre du nouveau monde moral contenant le système social rationnel*, París, 1846 (págs. 23-24, 30).

[2] *An Address Delivered to the Inhabitants of New Lanark*, 1816; traducido por el conde de Laborde: *Institution pour améliorer le caractère moral du peuple*, París, 1819 (págs. 8-9).

[3] *Courte exposition d'un système social rationnel*, libelo dirigido en francés a Thiers, París, 1848 (pág. 2).

[4] *Rapport au comité de l'association pour le soulagement des classes défavorisées employées dans l'industrie*, 1817, en *A Supplementary Appendix to the First Volume of the Life of Robert Owen, Containing a Series of Reports, Addresses, Memorials* (1803-1820), Londres, 1858 (págs. 57-64; traducción de la autora).

CHARLES FOURIER 1772 - 1837

«No creo que ningún hombre de este siglo haya tenido un mayor poder de imaginación que este viajante de comercio», decía Charles Gide acerca de Fourier. Y a aquel don debemos el modelo más detallado del preurbanismo progresista: la falange.

Esta aglomeración ideal no es por otra arte sino una pieza —la más célebre— de un sistema completo del cual es indisociable. La construcción global de Fourier tiene su origen en una despiadada crítica de la sociedad contemporánea¹ y de su economía. Esta sombría visión es corregida por una concepción optimista de la historia, que, después de haber atravesado estas fases sucesivas: salvajismo, barbarie, patriarcado y civilización, terminará por realizar a través del garantismo, del sociantismo y, en último lugar, del armonismo² el gran principio natural de la «Armonía Univer-

1. Engels escribía en el *Anti-Dühring*: «Desvela despiadadamente la miseria material y moral del mundo burgués.»

2. El patriarcado se caracteriza por la cultura y por la crianza. La barbarie ve como el clan o la tribu son reemplazados por la nación. Se forman ciudades e imperios, mientras que la industria se desarrolla. La civilización se caracteriza por un desarrollo sin precedentes de la industria. El garantismo se caracteriza por un conjunto de instituciones (bancos, factorías comunales, asilos rurales, falansterios y ciudades obreras) que instauran la solidaridad entre los miembros de la sociedad. El sociantismo o asociación simple o también serisofía, y el armonismo o asociación compuesta, generalizan cada vez más el principio de asociación.

sal». La «civilización» que reina el momento en que Fourier escribe, es «un azote pasajero», «una enfermedad infantil comparable a la dentición». Pero no podrá ser superada sino mediante la reestructuración radical de la sociedad, que para desarrollar la producción, liberarse del pauperismo y realizar el hombre total³, deberá poner en práctica la asociación y la cooperación.

Se puede excluir a Fourier del preurbanismo progresista, si se invoca el hedonismo que reina en las falanges, la dialéctica de los temperamentos que preside su composición, la negación de la familia⁴. Pero nos parecen más significativos otros caracteres: la ruptura absoluta que representa la aglomeración falangista con respecto a las aglomeraciones del pasado, la manera de integrarse a ella, el campo y, sobre todo, la racionalización y la clasificación sistemática de los lugares y de las actividades.

La clasificación es, además, una verdadera manía de Fourier: Se traduce en una terminología específica que hace fastidiosa la lectura de sus principales obras. Entre ellas, podemos citar:

Théorie des quatre mouvements (1808);

Traité de l'association domestique (1822); (su obra más importante);

Le Nouveau Monde industriel et sociétaire (1829);

La fausse industrie morcelée (1835-1836).

EL FALANSTERIO

Los civilizados contemplan como superfluo lo que se refiere al placer de la vista, y rivalizan para afeer sus lugares de residencia a los que llaman ciudades y

3. Su imagen ha ejercido sin duda un atractivo sobre Marx.

4. Ahí reside la diferencia esencial entre la ciudad radiante de Le Corbusier y el falansterio de Fourier.

pueblos*. Busquemos el modo en que las artes podrían, a través del embellecimiento y de la salubridad, conducir gradualmente a la Asociación⁵ *.

La Asociación nacería del estado de las cosas, en una ciudad construida bajo el régimen de garantía⁶ sensitiva, sobre la belleza y la salubridad*.

Existen para los edificios unos métodos adaptados a cada período social: citaré sólo tres.

En el cuarto período, la distribución bárbara, modo confuso. Interior de París, Ruán, etc.; calles estrechas, casas amontonadas sin corrientes de aire ni claridad suficiente, disparate general sin ningún orden.

En el quinto período, la distribución civilizada, modo simplista* sólo se regulariza el exterior, en donde se disponen algunas alineaciones, algunos embellecimientos de conjunto: así varias plazas y calles de ciudades como Petersburgo, Londres y París que cuentan con barrios nuevos*.

En el sexto período, la distribución garantista, modo compuesto, que somete tanto el interior como el exterior de los edificios a un plan general de salubridad y de embellecimiento, a unas garantías de estructura*. Es una suerte de perfeccionamiento social cuyas consecuencias y cuya magnitud costará creer*.

Un arquitecto que hubiera sabido especular con el modo compuesto, habría podido* convertirse en el sal-

5. La Asociación, que hace coincidir el interés general con el interés particular, se realiza por medio de la atracción dentro de las sociedades armónicas; se opone al fraccionamiento de las sociedades inferiores (patriarcado, barbarie, civilización) en las que reina la coacción.

6. Este término está ligado a la antropología fourierista. El período garantista satisface los doce derechos del hombre y las doce garantías que hay que ofrecerle para el desarrollo de las doce pasiones que forman el carácter radical del hombre: cinco pasiones sensitivas; cuatro pasiones afectivas: amistad, ambición, amor, familia; tres pasiones distributivas: mariposeante (necesidad de variedad), cabalita (necesidad de intriga), compuesta (necesidad de entusiasmo); y una decimotercera pasión, «hogareña»: el uniteismo.

vador del mundo social *. Era preciso que la naturaleza asignara a las artes alguna intervención en la cuestión de la Armonía: ha tenido que elegir * la arquitectura *.

Plan de una ciudad del sexto período⁷

Hemos de trazar tres recintos:

- el primero contiene la ciudad o ciudad central,
- el segundo contiene los arrabales y las grandes fábricas,
- el tercero contiene las avenidas y el suburbio.

En cada uno de los tres recintos, las construcciones adoptan dimensiones diferentes, y no pueden levantarse sin la aprobación de un comité de Ediles, que vigila la observancia de los estatutos del garantismo y sigue sus normas.

Los tres recintos están separados por vallas, césped y plantaciones que no deben entorpecer la vista.

Cada casa de la ciudad debe disponer, entre patios y jardines, de tanto terreno vacío, al menos, como el que ocupa en superficie edificada.

El espacio libre

El espacio vacío será doble en el segundo recinto o local de los *arrabales*, y triple en el tercero llamado *suburbio*.

Todas las casas deben estar aisladas y presentar una fachada regular por todos los lados, con adornos graduados de acuerdo con los tres recintos y sin que se admitan paredes medianeras desnudas.

El espacio de aislamiento más pequeño entre dos

7. El título es de Fourier.

edificios debe ser de por lo menos 6 toesas *: 3 toesas o más por edificio; pero nunca menos de tres *.

El espacio de aislamiento no se calculará más que en el plano horizontal, incluso en los lugares en que la pendiente sea muy fuerte.

El espacio de aislamiento debe ser al menos igual a la mitad de la altura de la fachada⁸ ante la cual está situado, ya sea a los lados ya sea por detrás de la casa. Así, una casa cuyos flancos tuvieran 10 toesas de altura hasta la cornisa, debería tener un terreno libre de 5 toesas en cada flanco, sin tener en cuenta el del vecino que puede ser de la misma extensión. Si dos casas vecinas tienen, una, 10 toesas de altura y la otra, 8, habrá entre ellas 5 y 4, total 9 toesas de aislamiento y terreno vacío, dividido por una verja.

Para evitar las trampas sobre la altura real, tales como las buhardillas o pisos simulados, se contará como altura real del muro la que exceda el ángulo de 120° de círculo (ángulo de 30°) a partir de la base (supuesta) del esqueleto del edificio.

Las cubiertas deberán formar, por los lados, pabellón, o frontones adornados. Estarán dotadas por todas partes de regueras que lleven el agua hasta el borde de los muros, por debajo de las aceras.

En la calle, los edificios no podrán exceder en altura, contada hasta la base del esqueleto, de la anchura de la calle: si no tiene más que 9 toesas de ancho, no se podrá levantar una fachada a la altura de 10 toesas, ya que se ha de reservar un ángulo de 45° en la fachada, para permitir una vista amplia. (Si el ángulo del radio visual fuese más obtuso, sucedería como con los palacios de Génova o con la puerta de Saint-Ger-

8. Fourier tenía la costumbre de pasearse por París provisto de un metro con ayuda del cual medía continuamente las fachadas de los edificios. Conocía las medidas de todos los principales monumentos y plazas de Europa.

vais; para examinarlos, habría que llevar un canapé y tumbarse boca arriba.)

El aislamiento por los lados será por lo menos igual a $1/8$ de la anchura de la fachada que da a la calle, precaución necesaria para impedir la acumulación de población en un solo punto *.

Las calles deberán estar situadas frente a vistas campestres o a monumentos de la arquitectura pública o privada: el monótono tablero de ajedrez queda desterrado. Algunas calles se curvarán (serpentearán) para evitar la uniformidad. Las plazas deberán ocupar por lo menos $1/8$ de la superficie. La mitad de las calles deberá estar plantada de árboles diversos.

El mínimo de las calles es de 9 toesas; para disponer las aceras, se puede, si sólo son pasos de peatones, reducirlas a tres toesas, pero se conservarán siempre las otras 6 toesas, en forma de cercado con césped o plantas, y vallado *.

No iré más allá en los detalles, sobre los cuales habría muchas páginas que llenar para describir el conjunto de una ciudad garantista. Pero aquí tenemos un resultado a considerar: la propiedad, inherente a una ciudad semejante, de provocar la asociación de todas las clases, obrera o burguesa, e, incluso, rica.

Hábitat colectivo

Destaquemos en primer lugar que no se podrían construir casitas: resultarían muy caras a causa de los obligados aislamientos. Sólo los ricos se podrían permitir esta satisfacción; pero el hombre que especula con los alquileres se vería obligado a construir casas muy grandes, y sin embargo, muy cómodas y salubres, a causa de la doble distancia exigida en patio cerrado.

En esta clase de edificios, nos veríamos llevados sin quererlo a tomar toda suerte de medidas de economía

colectiva, de donde pronto nacería la asociación parcial; por ejemplo, si un edificio reúne 100 familias⁹, no instalaremos las 20 bombas que exigirían 20 casas en cada una de las cuales se alojasen 5 familias. Obtendremos ya una economía de $19/20$, ó de $9/10$, suponiendo que la bomba y los pilones fueran de mayores dimensiones.

Del mismo modo que la limpieza es difícil en unas casas hacinadas como las de nuestras capitales, resulta fácil en un edificio en el que los espacios vacíos mantienen las corrientes de aire.

Se evitarían, pues, los males de la insalubridad, lo cual es una ventaja muy importante.

La distribución indicada no provocará nuevos inventos sociales si no es mediante la competencia entre los grandes edificios de que se compondrá. Si no son más que 4 o 5 casas de 100 familias, como puede suceder en París o Londres, estos edificios, alejados unos de otros, no producirían ninguna emulación económica.

Pero, si la citada ciudad cuenta con 100 casas grandes, todas vecinales y distribuidas de manera que se presten a las economías domésticas, pronto sus habitantes se dedicarán a la industria, que empezará necesariamente por el objetivo más importante para el pueblo: la preparación y provisión de los alimentos. Veremos 2 o 3 de las 100 familias establecerse como fondistas; a otras especular, en otras ramas, con las provisiones de la casa.

Así se organizará la división del trabajo que, una vez introducida en la ciudad o recinto central, se extenderá muy rápidamente por los recintos del arrabal

9. «Las asociaciones de matrimonios o las ciudades obreras corresponden al 6.º período, están fuera del marco de la civilización y si se generalizasen, llevarían rápidamente a este 6.º período.» Introducción de los editores al opúsculo de Fourier titulado: *Modifications à introduire dans l'architecture des villes*, París, 1849.

y del suburbio, en donde la obligación de doble o triple espacio de terreno vacío hará tanto más necesarias las grandes edificaciones *.

Una ciudad modelo

Esos grandes edificios tendrán la ventaja de estar bien aireados merced al espacio de aislamiento dotado de plantas * y satisfacerán los sentidos *.

Supongamos que Luis XIV, en lugar de edificar el triste Versailles, hubiese construido en Poissy una ciudad de arquitectura compuesta *, todo el mundo lo habría imitado *. Ningún propietario de la ciudad sustituiría hoy sus paredes por verjas o vallas *, y sin embargo, ganaría con ello cien veces más de lo que perdería, ya que disfrutaría con la vista de cien jardines. Otro tanto ocurre con las demás disposiciones *; pero, para juzgar sobre este punto, habría sido precisa una ciudad experimental *.

Su fundador * habría tenido el doble honor de castigar con el ridículo a todas las demás capitales * y de metamorfosear súbitamente el mundo social *.

El vicio que * ha impedido llegar a esta concepción es el espíritu de PROPIEDAD SIMPLE que domina la civilización. No reina en ella ningún principio sobre la PROPIEDAD COMPUESTA o sometimiento de las posesiones individuales a las necesidades de la masa.

*La comuna-tipo o falange*¹⁰

El edificio que habita una falange no tiene ningún parecido con nuestras construcciones cívicas o campes-

10. «Para Fourier, el elemento de la sociedad es la comuna. El estado de la comuna en un país determinado permite conocer la naturaleza de la sociedad a la que pertenece ese país. Así, para

tres, y para fundar una gran Armonía de 1.600 personas, no podríamos emplear ninguno de nuestros edificios, ni siquiera un gran palacio como Versailles ni un gran monasterio, como El Escorial *.

Las viviendas, plantaciones y establos de una sociedad semejante * deben diferir prodigiosamente de nuestros pueblos o aldeas ocupados por familias que no tienen ninguna relación social y que operan contradictoriamente: en lugar de ese caos de casuchas que en nuestras aldeas rivalizan en suciedad y en fealdad, una falange se construye como un edificio regular *.

Un prototipo experimental

El falansterio, o edificio de la falange experimental, deberá construirse con materiales de poco valor: madera, ladrillos, etc., porque, repito, sería imposible determinar con exactitud en esta primera prueba las dimensiones convenientes de cada seristerio o local de relaciones públicas destinado a las series¹¹, o de cada taller, cada tienda, cada establo, etc.

Veamos, por ejemplo, un gallinero o un palomar; antes de construirlos, habremos calculado y previsto con cuidado cuántas gallinas y palomas debe criar una falange de tal grado; en cuántas especies y variedades debemos clasificar los géneros para coincidir con las atracciones de los diversos grupos que cuidan los animales, y para favorecer las rivalidades dentro de la serie.

lograr que Francia pase del estado 'civilizado' al estado 'societario', sería preciso transformar en comunas societarias —o falansterios— las 40.000 comunas civilizadas que hoy existen.» (*Ibid.*)

11. «Los diferentes grupos enrolados al servicio de una industria cualquiera forman un regimiento de voluntarios, llamado *Serie*. La serie de grupos es la gran palanca de la organización societaria, la llave maestra de todas las soluciones armónicas.» (*Ibid.*)

Pero como la primera falange no puede tener noción práctica alguna, cometerá necesariamente muchos errores sobre las cantidades, dimensiones y compartimentos: antes de llegar a datos exactos, es preciso tantear *.

La primera falange será un esbozo, un apunte hecho por cuenta del orbe, que se reembolsará 12 veces el capital. Será, en alguna medida, una brújula para las falanges que se fundarán en todas partes a partir del año siguiente *.

Disociación de las funciones

El centro del palacio o falansterio debe estar destinado a funciones apacibles, comedores, sala de bolsa, del consejo, biblioteca, estudio, etc. En este centro se sitúan el templo, la torre de orden, el telégrafo, las palomas mensajeras, las campanas de ceremonia, el observatorio, el patio de invierno provisto de plantas resinosas y situado detrás del patio de parada.

Una de las alas debe reunir todos los talleres ruidosos como los de carpintería, forja, trabajos con martillo; debe albergar también todos los conjuntos industriales de niños, que son comúnmente muy ruidosos *. Mediante esta reunión se evitará uno de los enfadosos inconvenientes de nuestras ciudades civilizadas, en las que, en todas las calles, algún carpintero, algún herrero o un estudiante de clarinete rompen el tímpano de cincuenta familias de la vecindad.

La otra ala debe dar cabida a la hospedería, con sus cuartos de baño y sus salas de reunión para extranjeros, de manera que estos lugares no obstruyan el centro del palacio ni dificulten las relaciones domésticas de la falange. La precaución de aislar a los extranjeros y de concentrar sus reuniones en una de las alas será importantísima en la falange experimental, porque

a ella afluirán miles de curiosos y le proporcionarán un beneficio que no puedo estimar por debajo de los 20 millones *.

Funciones comunes

El falansterio debe dar cabida, además de a los pisos individuales, a muchas salas de relaciones públicas: se llamarán *seristerios* o lugares de reunión y desarrollo de las series.

Estas salas no se parecen en nada a nuestras salas públicas, en las que las relaciones se operan sin graduaciones. Una serie no admite en absoluto esta confusión. Siempre tiene, 3, 4 o 5 divisiones, que ocupan, vecinalmente, 3, 4 o 5 localidades; lo cual exige unas distribuciones análogas a las funciones de los oficiales y de los socios. Cada seristerio está también, comúnmente, compuesto de 3 salas principales: una para los grupos del centro y 2 para las alas de la serie.

Las 3 salas del seristerio deben contar además con unos gabinetes adyacentes para los grupos y comités de serie; por ejemplo, en el seristerio de banquete o comedor, se precisan en primer lugar 6 salas muy desiguales:

1 de ala ascendente para la 1. ^a clase	150
2 de centro para la 2. ^a clase	400
3 de ala descendente para la 3. ^a	900

Esas 6 salas desiguales deberán disponer en sus proximidades de varios gabinetes para los diversos grupos que quieren aislarse de la mesa de género *.

Los establos, graneros y almacenes deben estar situados, si es posible, frente al edificio. El espacio situado entre el palacio y los establos servirá de patio de honor o lugar de maniobra, y debe ser grande. Para

dar una idea aproximada de sus dimensiones, estimo que la fachada del falansterio puede fijarse en 600 toesas de París, de las cuales 300 se reservarán para el centro y el patio de parada, y 150, para cada una de las alas y de los lados que unen con el centro *.

Jardines del palacio

Detrás del centro del palacio, las fachadas laterales de las dos alas deberán prolongarse de modo que formen y cierren un gran patio de invierno, que sirva de jardín y de paseo, plantado de vegetales resinosos y verdes durante todas las estaciones. Este paseo sólo puede concebirse como un patio cerrado, y no debe dejar ver el campo. (La falange no precisa de paseos de verano; veremos en el capítulo 9 que todo el cantón es un paseo.)

Para no dar al palacio una fachada demasiado grande, con una serie de desarrollos y de prolongaciones que entorpecerían las relaciones, convendrá (en un gran falange del grado 7 o X) redoblar los cuerpos de los edificios de las alas y del centro, y dejar en el intervalo de los cuerpos paralelos y contiguos un espacio vacío de 15 a 20 toesas por lo menos, en cuyo espacio se habilitarán unos patios alargados y atravesados por unos pasillos, dispuestos sobre columnas y situados a nivel del 1º piso, con vidriera cerrada, y calentados según el uso de la Armonía *.

Circulaciones climatizadas

Las calles-galerías constituyen un método de comunicación interna que bastaría por sí solo para desdeñar los palacios y las hermosas ciudades de la civilización. Cualquiera que haya visto las calles-galerías de una fa-

lange contemplará el más hermoso palacio civilizado como un lugar de exilio, como una mansión de idiotas que, después de 3.000 años de estudios de arquitectura, no han aprendido todavía a albergarse sana y cómodamente *.

Nuestra torpeza en este aspecto llega a tal punto, que los propios reyes, lejos de disponer de comunicaciones a través de galerías cerradas, no cuentan a menudo ni con un soportal bajo el cual guarecerse de la lluvia *. En la civilización no se conocen ni las calles-galerías, ni las calles subterráneas, ni la vigésima parte de los atractivos materiales de los que goza en Armonía el más humilde de los hombres *.

El más humilde de los armonianos, un hombre que no tiene un ochavo, sube en su coche en un soportal caliente y cerrado; comunica desde el palacio con los establos a través de unos subterráneos adornados y tapizados de arena; va desde su alojamiento a las salas públicas y a los talleres, por calles-galerías calientes en invierno y ventiladas en verano. En Armonía, se pueden recorrer en enero los talleres, los establos, los almacenes, las salas de baile, de banquetes, de asambleas, etc., sin saber si llueve o hace viento, si hace calor o frío *.

La calle-galería

La calle-galería o *peristilo continuo* está situada en el 1º piso. No puede adaptarse a la planta baja, porque hay que horadarla en diversos puntos con arcos para los coches *.

Las calles-galerías de una falange no reciben luz de los dos lados; están unidas a cada uno de los cuerpos de vivienda; todos esos cuerpos disponen de una doble fila de camas, de las cuales, una recibe la luz del campo y la otra de la calle-galería. Ésta debe, pues, tener

la altura de los tres pisos que reciben la luz de ella por uno de los lados.

Las puertas de entrada de todos los pisos de la 1.ª, 2.ª y 3.ª planta, dan a la calle-galería, que cuenta con unas escaleras situadas espaciadamente para subir a las plantas 2.ª y 3.ª.

Théorie de l'Unité universelle ou Traité de l'Association domestique agricole (12), París, 1822, tomado de *L'Harmonie universelle et le Phalanstère exposés par Fourier, recueil méthodique de morceaux choisis de l'auteur*, Librairie phalanstérienne, París, 1849 (tomo I, págs. 176-184, 255-259, 261-263).

12. El primer título es el que figura en la edición de sus obras completas (1841-1845), mientras que el segundo es el que llevaba la primera edición de esta obra.

VICTOR CONSIDÉRANT 1808 - 1893

Politécnico e ingeniero del ejército, dejó ambas profesiones en 1831 para consagrarse a las ideas de Fourier y a su difusión. A la muerte de Fourier se convirtió en el jefe del movimiento falansteriano y en director de su órgano: la falange.

En sus numerosas obras:

La destinée sociale (1834-1838);

Manifeste de l'Ecole sociétaire (1841);

Exposition du système phalanstérien de Fourier (1845);

Principe du Socialisme (1847);

se exponen las teorías de Fourier en forma más clara y sintética que en los libros del propio fundador.

Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a la organización del establecimiento urbano al que Considérant consagró la Description du Phalanstère (1840). El propio Considérant intentaría algunas experiencias falansterianas, que estuvieron destinadas al fracaso. La más célebre fue la colonia de la Reunión, que fundó cerca de Dallas, en tiempos de su exilio en los Estados Unidos, a raíz de su participación en la tentativa insurreccional de 1849.

DEL CAOS AL ORDEN

I. HOY

La ARQUITECTURA escribe la historia.

—¿Queréis conocer y apreciar la civilización en que vivimos? Subid al campanario del pueblo o a las torres de Notre-Dame.

Caos arquitectónico

En primer lugar, vuestros ojos quedarán heridos por un caótico espectáculo:

Los muros se rebasan, chocan unos con otros, se mezclan, tropiezan de mil extrañas maneras; los tejados con toda suerte de inclinaciones, de distintas alturas, parece que se atacan; frontispicios desnudos, fríos, ahumados, horadados por algunas escasas aberturas enrejadas; un lío de cercados, unas construcciones de todas las épocas y de todos los estilos, que se tapan las unas a las otras y se quitan entre ellas el aire, la vista y la luz. Es un combate desordenado, una espantosa disputa arquitectónica.

Las grandes ciudades, y, sobre todo, París, constituyen un triste espectáculo para cualquiera que tenga la idea del orden y de la armonía, para cualquiera que piense en la anarquía social que traduce en relieve, con una fidelidad horrorosa, ese montón informe, ese bati-burrillo de casas recubiertas de buhardillas, armadas con sus adornos metálicos, con sus veletas oxidadas, con sus innumerables chimeneas, que perfilan todavía mejor la incoherencia social, la división de la que ha salido ese caos arquitectónico*.

¡Ved qué alojamientos tiene el hombre en la capital del mundo civilizado!

Superpoblación

En ese París hay un millón de hombres, de mujeres y de desdichados niños, amontonados en un círculo estrecho en el que las casas chocan y se aprietan, y exaltan y superponen sus seis pisos aplastados; luego, seiscientos mil de esos habitantes viven sin aire ni luz, en casas que dan a patios oscuros, profundos, viscosos, en sótanos húmedos, en desvanes abiertos a la lluvia, a los vientos, a las ratas, a los insectos*. Y, de arriba abajo, desde los sótanos a los cubos para las aguas sucias, todo es deterioro, mefitismo, inmundicia y miseria*.

«El hombre no está alojado»

En nuestras ciudades, unas casuchas deterioradas, negras, feas, mefíticas* se arrastran en torno a los monumentos que la civilización ha sembrado aquí y allá del mismo modo que, en un jardín mal cuidado, unos caracoles de baba impura trepan por el tallo de una lila en flor. El emparejamiento del lujo con la miseria: ése es el complemento del cuadro.

La civilización tiene pocos palacios, y miríadas de tugurios, como tiene harapos para las masas, y trajes de oro y de seda para sus escasos favorecidos. Junto a la librea bordada de un agiotista, exhibe el sayal de sus proletarios y las llagas de sus pobres. Mientras levanta y sostiene con grandes gastos una suntuosa ópera en la que unas armonías encantadoras acarician los oídos de sus ociosos, deja oír, en medio de las calles y de las plazas públicas, los cantos de miseria de sus ciegos, los tristes lamentos de sus mendigos. Luego, aquí y allá, no sabe crear sino egoísmo e inmoralidad, puesto que la miseria y la opulencia tienen su inmoralidad y su egoísmo.

¡Oh, no, no!, en nuestros pueblos, en nuestras ciudades, el hombre no está alojado —puesto que llamo hombre tanto al trapero que, por la noche, con la linterna en la mano, hurga y se busca la vida en el montón de basura que remueve con un gancho; tanto a él y a sus muchos hermanos de miseria como a los hombres de la bolsa y de los castillos—. Y llamo alojamiento del hombre a una habitación sana, cómoda, limpia, elegante y agradable *.

II. MAÑANA: EL FALANSTERIO

Las relaciones sociales imponen, pues, a la arquitectura unas condiciones completamente distintas de las de la vida civilizada. No se trata de construir el cuchitril para el proletario, la casa para el burgués, el palacio para el agiotista o para el marqués. Se trata de construir el palacio en el que el HOMBRE debe habitar. Es preciso construirlo con arte, con armonía y con previsión; es preciso que disponga de pisos suntuosos y de habitaciones modestas, para que cada cual pueda acomodarse de acuerdo con sus gustos y con su fortuna; luego hay que distribuir talleres para todos los trabajos, salas para todas las funciones de la industria o del placer.

Y, en primer lugar, echemos una mirada a vuelo de pájaro sobre el conjunto de las disposiciones arquitectónicas que resultan de las grandes condiciones del programa social; henos aquí contemplando desde lo alto un campo falansteriano; miremos:

El orden

¡Ah! Se acabó la confusión de todas las cosas; la odiosa mezcla de la ciudad y de la aldea civilizada; el incoherente conglomerado de todos los elementos de la vida civil, de la vida agrícola, de la vida industrial; la yuxtaposición monstruosa y desordenada de los habitáculos del hombre y de los animales, de las fábricas, de las cuadras, de los establos; la promiscuidad de las cosas, de las gentes, de los animales y de las construcciones de todas las especies *. El Verbo de la Creación ha resonado sobre el Caos; y se ha hecho el Orden.

Los elementos confundidos en el Caos se han separado y se han vuelto a reunir por géneros y por especies de acuerdo con un mandato de la Palabra. Con la Separación, con la Distinción del Orden, han surgido la vida, la economía y la belleza, todas las armonías de la vida, todas sus magnificencias.

La unidad de vivienda

Este es el panorama que contempla nuestra vista: un espléndido palacio se levanta en el seno de los jardines, de los parterres y de los céspedes sombreados; parece una isla marmórea bañada por un océano de verdor. Es la residencia regia de una población regenerada.

Delante del palacio se extiende un vasto patio de torneos. Es el patio de honor, el campo de reunión de las legiones industriales, el punto de partida y de llegada de las cohortes activas, el lugar de las paradas, de los grandes himnos colectivos, de las revistas y de las maniobras.

El camino magistral que, a lo lejos, surca el campo con sus cuádruples hileras de árboles suntuosos, está bordeado de macizos de arbustos y de flores, y va a pa-

rar, bordeando las dos alas avanzadas del falansterio, al patio de honor, que por él queda separado de los edificios industriales y de las construcciones rurales.

A un lado, el palacio de la población; en el centro, la cabeza del movimiento, la gran plaza de las manio-
bras; al otro lado, la ciudad industrial, los cobertizos para las cosechas, los tejados protectores de las máquinas y de los animales, que secundan al hombre en la conquista de la tierra.

La ciudad industrial

En primera fila de la ciudad industrial, una línea de fábricas, de grandes talleres, de almacenes, de graneros de reserva, yergue sus muros frente al falansterio. Los motores y las grandes máquinas despliegan allí sus fuerzas; trituran, ablandan o transforman las materias primas con sus órganos metálicos, y ejecutan por cuenta de la falange mil operaciones maravillosas. Es el arsenal de las creaciones activas y vivas de la inteligencia humana, el arca donde están reunidas las *especies* industriales que el poder creador del hombre suma a las especies vegetales y animales, máquinas inventadas por el primer Creador. Allí, todos los elementos dominados, todos los fluidos gobernados, todas las fuerzas misteriosas esclavizadas, todas las potencias de la naturaleza vencidas, todos los dioses del Antiguo Olimpo sometidos a la voluntad del dios de la tierra, obedecen su voz, como servidores dóciles, y proclaman su reino.

El establecimiento agrícola

La línea de las grandes construcciones industriales se abre en el centro para despejar la visión, y permite

que, desde el falansterio, las miradas se sumerjan en el establecimiento agrícola, y que se escapen por encima de sus tejados bajos, hacia las verdosas perspectivas del campo y de los lejanos horizontes. En medio del ancho abanico que este boquete monumental abre a las miradas, los ojos se detienen en primer lugar en un inmenso corral, encantador conjunto de lugares con agua, de riachuelos que corren sobre la grava, de celosías que proyectan su sombra sobre el césped de unos coquetos templete, de parques sombreados, de pajareras con amplias divisiones agrupadas en la torre esbelta del palomar, que se alza como un fastuoso obelisco en el punto central de las construcciones agrícolas. Los tejados rústicos de la lechería, de la heladería, de la quesería, se destacan a la derecha y a la izquierda de los macizos dispersos cuya espesura los protege. La mirada percibe en torno los parques para los arados, para los rastrillos relucientes, los cobertizos para los carros barnizados, las cocheras para los vehículos campestres, con los colores distintos y contrastados de las series y de los grupos¹; la mirada descubre toda esta artillería agrícola, más brillante que los arsenales que con tanto orgullo muestran las fundiciones militares de Inglaterra y de Francia.

Los parques, las cocheras, los talleres de herrería y de carretería, los patios de servicio, están, a su vez, enmarcados en los establos y en las cuadras reales, donde se albergan, por escuadrones, clasificados y divididos según sus especies, sus títulos de valor y de sangre, las razas caballares y bovinas que la falange mantiene. El aire y el agua, sabiamente dispuestos y conducidos en el interior y en el exterior, circulan a través de esas masas de construcciones, separadas por árboles, por comunicaciones combinadas y por patios de servicio. La luz las baña y las penetra, y con el agua,

1. Cf. *supra*, en Fourier.

el aire, la luz y las atenciones celosas de las legiones ardientes a quienes por derecho corresponde su cuidado mantienen la limpieza, la salubridad y la vida en toda su expansión y lujo. Alrededor de las construcciones rurales, y ya dentro del campo, como fuertes avanzados, los rediles y los parques de almiarés de gramíneas y de forrajes.

¡He ahí el conjunto! *

Estudiemos ahora más de cerca las disposiciones generales del palacio habitación, del falansterio propiamente dicho *.

Caracteres de la vivienda

El trazado general de mi dibujo² deriva del plano de Fourier. Llena perfectamente todas las conveniencias sociales, todas las ventajas de comodidad, salubridad y seguridad. Es inútil decir que este trazado no tiene nada de absoluto. Las configuraciones del terreno y mil exigencias diversas lo desarrollan y lo modifican. Las fachadas, el estilo y los detalles ofrecen, en cada falansterio, infinitas variedades *.

Tenemos ante nosotros, según se mira al falansterio, el cuerpo central, en cuyo centro se alza la torre de orden; y las dos alas que caen perpendicularmente sobre el centro y forman el gran patio de honor, en el que se ejecutan las paradas y las maniobras industriales. Luego, los dos extremos de las alas, dispuestos en forma de herradura, dibujan el camino principal que bordea el patio de honor y se extiende, a lo largo de la línea de batalla del falansterio, por entre este edificio y los edificios industriales y rurales situados más adelante.

Los cuerpos del edificio son dobles: el falansterio

2. Considérant trazó una perspectiva del falansterio.

se repliega sobre sí mismo, para evitar una superficie de frente demasiado grande, un alejamiento demasiado considerable de las alas y del centro, para favorecer, en fin, la actividad de las relaciones mediante su concentración.

Clasificación de las funciones

Los talleres ruidosos, las escuelas chillonas, se relegan a un patio extremo, al final de una de las alas; el ruido queda reducido a este patio. Se evitan así esos insoportables estrépitos de todo tipo que se expanden al azar en todos los barrios de las ciudades civilizadas, en donde el yunque del herrero, el martillo del hojalatero, el flautín, el clarinete, el cuerno de caza conspiran contra los oídos públicos juntamente con los chirridos del violín, la batahola de los coches, y todas esas zambras discordantes, agrias, desgarradoras o ensordecedoras que hacen de casi todos los pisos de las grandes ciudades unos verdaderos infiernos; conspiran, en fin y por encima de todo, con el feroz, el inevitable, el indomable piano.

En el extremo del ala del otro cabo se encuentra la hospedería destinada a los extranjeros. Esta disposición tiene por finalidad evitar los entorpecimientos en el centro de actividad.

Las grandes salas de relaciones generales para la regencia, para la Bolsa, las recepciones, los banquetes, los bailes, los conciertos, etc., están situadas en el centro del palacio, en los alrededores de la torre de orden. Los talleres, los pisos de dimensiones y de precios varios se reparten por todos los edificios. Los talleres se encuentran en general en la planta baja, como evidentemente conviene. Algunos, sin embargo, como los de costura, de bordado y otras labores delicadas, pueden situarse en el primer piso.

Está claro que el centro del palacio será la parte más suntuosa; los pisos caros, adornados riquísimamente y montados de forma principesca, bordean el gran jardín de invierno, cerrado, detrás de la torre de orden, por los repliegues cuadrados del doble cuerpo. Los pisos más modestos se escalonan en las alas y en los extremos.

Contra la segregación

No obstante, la Armonía, sin aspirar a una igualdad contraria a todo orden natural y social, opera siempre con la fusión de las clases y la mezcla de las desigualdades. Para conseguirlo, se reserva, dentro de esta disposición general, un *engranaje* que impide y previene hasta el más mínimo germen de desconsideración hacia un barrio: se introducen en el centro y en los alrededores viviendas de precio módico, y se llevan algunas de las más caras a los extremos. Por otra parte, las variedades de gusto, de humor y de carácter dispersan las diferentes clases de fortuna por todos los cuerpos de edificios del falansterio, y no vemos en él un barrio de Saint-Marceau * al lado de un barrio de Saint-Germain.

Espacios verdes interiores

Los grandes espacios que se dejan entre los edificios forman unos patios con plantas, refrescados por estanques y destinados a diferentes servicios. Están adornados con arriates y con parterres interiores. Las estatuas abundan en ellos y destacan su marmóreo blanco sobre el verde de las plantas.

En el gran cuadrado central aparece el jardín de invierno, con árboles verdes y resinosos, a fin de que en

cualquier estación se pueda recrear en él la mirada. Alrededor circulan dos pisos de invernaderos preciosos, cuya ordenación se puede combinar con la de las grandes galerías y con la de las salas de baño. Es el jardín más rico y más lujoso de todos los jardines de la falange; forma un paseo elegante, abrigado y cálido, en el que los ancianos y los convalecientes disfrutan mientras respiran el aire y el sol *.

La calle-galería

Todas las piezas de la construcción armónica, pisos y talleres, y todos los cuerpos de edificios están unidos entre sí por una *calle-galería* que los abarca, circula en torno al edificio y lo envuelve por completo. Esta *circum-galería* es doble: en la planta baja, está formada por soportales que se extienden paralelamente al edificio como en el Palais-Royal; sobre las arcadas, por encima del techo de la galería inferior, se alza la del primer piso. Esta última sube hasta lo alto del edificio y recibe la luz de unas ventanas altas y largas, y los pisos de las plantas superiores dan a ellas; o bien se detiene y forma una terraza en la planta superior.

Es inútil decir que las galerías están provistas de cristales, ventiladas y refrescadas en verano, calientes en invierno, y siempre abundantemente provistas de aire y agradablemente templadas.

La calle-galería es ciertamente uno de los órganos más característicos de la arquitectura social. La calle-galería de un falansterio de alta Armonía es por lo menos tan ancha y tan suntuosa como la galería del Louvre. Sirve para las grandes comidas y para las reuniones extraordinarias. Adornadas con flores como los más hermosos invernaderos, decoradas con los más ricos productos de las artes y de la industria, sus galerías y salones ofrecen a los artistas de Armonía admirables

exposiciones permanentes. Es probable que a menudo se construyan enteramente con cristal.

Esta elegante galería da la vuelta alrededor de los cuerpos de edificios, de los jardines interiores y de los patios del falansterio; ya fuera, ya dentro del palacio, ya ensanchándose hasta formar una amplia rotonda, un atrio inundado de luz; proyecta a través de los patios sus pasillos levantados sobre columnas o sobre unos ligeros puentes colgantes que reúnen las dos caras paralelas del edificio y se entronca en fin a las grandes escaleras blancas y abre por doquier comunicaciones anchas y suntuosas.

Esta galería * que une todas las partes del todo, que establece las relaciones del centro con los extremos, es el canal por el que circula la vida dentro del gran cuerpo falansteriano; es la arteria magistral que, desde el corazón, lleva la sangre a todas las venas; es, al mismo tiempo, el símbolo y la expresión arquitectónica de la alta vinculación social y de la armonía pasional de la falange, dentro de esta gran construcción unitaria en la que cada pieza tiene un sentido especial, en la que cada detalle expresa un pensamiento particular, responde a una conveniencia y se coordina con el conjunto; y en la que el conjunto reproduce, completa, visible y corporizada, la ley suprema de la asociación, el pensamiento íntegro de armonía.

Cuando se haya vivido en un falansterio, en el que una población de 2.000 personas puede entregarse a todas sus relaciones civiles o industriales, acudir a sus funciones, ver su mundo, circular de los talleres a los pisos, de los pisos a las salas de baile y de espectáculo, dedicarse a sus asuntos y a sus placeres al abrigo de toda intemperie, de todo insulto del viento, de toda variación atmosférica; cuando se haya vivido dos días en este medio regio, ¿quién podrá soportar las ciudades y los pueblos civilizados, con sus lodos, con sus inmundicias? * ¿Qué economía de gastos, de molestias

y de incomodidades, de resfriados, de enfermedades de todas las especies, obtenida mediante una sola disposición de arquitectura social! *

La torre

En el centro del palacio se yergue y domina la torre de orden. Allí se reúnen el observatorio, las campanas, el telégrafo, el reloj, las palomas mensajeras, el vigía de noche; allí ondea al viento la bandera de la falange. La torre de orden es el centro de dirección y de movimiento de las operaciones industriales del cantón; ordena las maniobras con sus banderas, sus señales, sus espejuelos y sus bocinas, como un general del ejército situado sobre una alta loma.

El templo y el teatro se alzan a la derecha y a la izquierda del palacio, en los dos entrantes que forman los salientes de los extremos de las alas, entre el cuerpo del falansterio y los jardines cuyas terrazas lo envuelven y de cuyo seno emerge *.

Colectivización de lo cotidiano

En la falange se abona uno tanto a la vivienda como al alimento, ya se tome un piso amueblado, ya ponga uno en él sus propios muebles. ¡Se acabaron los engorros, las muchas molestias de la casa, ligadas al insípido sistema doméstico de la familia! En rigor, se puede no tener en propiedad más que la ropa y el calzado, y proveerse de ropa blanca y de todo los demás mediante un abono *.

El seristerio ³ de las cocinas, dotado de grandes hornos, de utensilios, de instrumentos mecánicos que abre-

3. Cf. *supra*, en Fourier.

vian el trabajo, de fuentes con ramificaciones, empavado con baterías resplandecientes, está dispuesto sobre patios interiores de servicio, por el lado del campo. Los almacenes de llegada de mercancías, de depósito y de conserva, y las salas de la antecocina, están cerca.

Las mesas y aparadores, cargados en las salas bajas, se suben, a las horas de comidas, por medio de máquinas y se llevan a las salas de banquete, sitas en el piso superior, cuyos suelos están provistos de una especie de trampas destinadas a dar a las grandes operaciones del servicio unitario la rapidez prodigiosa de los cambios de una ópera mágica. Esos ingeniosos mecanismos, que la civilización emplea aquí y allá para que los disfruten sus ociosos, Armonía los utiliza prodigándolos para que disfrute sin tope todo su pueblo.

Calefacción

El calor que se pierde en el seristerio de las cocinas, se emplea para calentar los invernaderos, los baños, etc. Después, bastan algunos caloríferos para distribuir el calor por todas las partes del edificio, galerías, talleres, salas y pisos. Este calor dispuesto unitariamente es llevado a esas diferentes piezas por un sistema de tubos de comunicación, dotados de grifos por medio de los cuales se varía y gradúa a voluntad la temperatura en todos los lugares del palacio social. Un sistema de tubos interiores y concéntricos a los de los caloríferos, lleva al mismo tiempo agua caliente a los seristerios, donde es necesaria, y a todos los pisos. Existe un servicio análogo para la distribución del agua fría. Se concibe fácilmente hasta qué punto estas disposiciones de conjunto favorecen la limpieza general, hasta qué punto hacen circular la comodidad y contribuyen a eliminar del servicio doméstico lo que éste tiene de su-

cio, de repugnante, frecuentemente de feo, en los dulces hogares de la civilización moral y perfeccionada.

Distribución del agua

El mismo pensamiento unitario preside el dispositivo de todos los servicios. Es así, de modo análogo, como los depósitos superiores, situados en las buhardillas, recibirán las aguas del cielo o se alimentarán mediante equipos de bombas; y de ellos derivarán unas ramificaciones de tubos flexibles y divergentes desde donde el agua, proyectada con la fuerza de compresión producida por su altura, alimentará, durante los calores del verano, los surtidores, las pequeñas cascadas de los blancos estanques situados en los atrios, en las salas o en las grandes escaleras; y las atrevidas fuentes de los jardines y de los patios. Los tubos móviles se emplean en el servicio de riego de los accesos del falanstério; sirven también para lavar los tejados, las fachadas y, sobre todo, para evitar cualquier ocasión de incendio*.

Iluminación

La iluminación general, interior y exterior, está también regulada en la falange por la misma idea unitaria. Nadie ignora que la mayoría de las grandes ciudades y los establecimientos públicos están iluminados por este procedimiento. Los refractores lenticulares y parabólicos encontrarán un feliz empleo en esta ordenación unitaria de la luz, que multiplicará su potencia al combinar convenientemente los recursos de la catóptrica y de la dióptrica.

III. CONCLUSIONES ECONÓMICAS Y FILOSÓFICAS

Es, pues, un delirio y una locura proponerse la solución de este problema: *encontrar las soluciones arquitectónicas más convenientes a las necesidades de la vida individual y social, y constituir, según las exigencias de estas condiciones, el tipo de vivienda de una población de 1.800 personas; población que corresponde a la unidad de explotación del suelo, y que constituye la comuna rural, es decir, el alveolo elemental de la gran colmena social.*

El modelo-trasatlántico

¡Cómo! ¿Eso es una locura y un delirio? Y decís: es inaudito, extravagante, *irrealizable* * cuando tenéis ante los ojos unas construcciones que albergan *mil ochocientos hombres*, que no se apoyan en tierra firme, sobre la roca, sino que son móviles y navegan por el océano a diez nudos por hora y que transportan sus habitantes de Tolón a El Cabo, de El Cabo a Calcuta, de Calcuta al Brasil y al Canadá; unas construcciones que desprecian los vientos de los grandes mares y los huracanes de los trópicos, valientes y dignos navíos de línea, a fe mía *, altos de arboladura y cuadrados de velamen? *

¿Es, pues, más fácil albergar mil ochocientos hombres en medio del océano, a 600 leguas de cualquier costa, más fácil construir *fortalezas flotantes*, que alojar en una construcción unitaria mil ochocientos buenos campesinos, en plena Champaña o bien en tierra de Beauce? *

El verdadero problema

La Academia se las ingenia cada año para encontrar temas de oposición para los alumnos de la escuela de arquitectura, y ¡todavía no ha tenido la idea de proponer éste! Sin embargo, se trata de una concepción más fecunda, de una idea mil veces más elevada que todas las ideas arquitectónicas que hayan sido ejecutadas o solamente emitidas hasta ahora.

Ahí está la tarea social reservada al arte en la carrera del progreso social: que un arquitecto deje el cuarto bocel, el cimacio y los órdenes, y se proponga resolver un problema arquitectónico planteado así:

Dado el hombre, con sus necesidades, con sus gustos y sus inclinaciones natas, determinar las condiciones del sistema de construcción más apropiado a su naturaleza:

Este arquitecto se encontraría, desde el primer momento, frente a la siguiente opción:

- A. *O una casa aislada para cada familia;*
- B. *O un edificio unitario para la reunión de las familias que componen la comuna.*

La economía, el desahogo, la facilidad de las relaciones y de los servicios, los atractivos de todo tipo, todas las conveniencias materiales, sociales y artísticas militarían por el segundo sistema.

A partir de ese momento, al optar por la arquitectura social, el artista estaría en la vía del cálculo de los destinos; descubriría progresivamente, en tanto buscaba las bases de su proyecto, todas las condiciones de la vida social, que no son más que deducciones naturales y prácticas de las necesidades, de los gustos y de las inclinaciones innatas del hombre. Y, así, al especular sobre la arquitectura que mejor se adapta a la naturaleza humana, encontraría necesariamente la forma social que mejor se adaptase a esa misma naturaleza.

Todas estas cuestiones subsisten. No se pueden resolver unas sin determinar al mismo tiempo la solución de las otras *.

Preguntaos si sería más económico y más prudente construir un gran edificio unitario para albergar una población que deberá elevarse a mil ochocientas o dos mil personas, o edificar de trescientas cincuenta a cuatrocientas casitas aisladas y civilizadas, trescientos cincuenta cuchitriles morales y filosóficos *.

Añadid aún las tapias de vallado que, en régimen de división se exigen para cercar las casas, los jardines y los patios; pensad * que ahorraréis cuatrocientas cocinas, cuatrocientos comedores, cuatrocientas buhardillas, cuatrocientos sótanos, cuatrocientos establos, cuatrocientos graneros *. Análoga reducción en una infinidad de piezas y de talleres dispersos hoy en la aldea. Independientemente de la economía de espacio y de construcción, añadid de dos a tres mil puertas, ventanas, vanos, con sus marcos, frisos y herrajes; pensad en el mantenimiento ruinoso que cada una de esas casas necesita por año, en la escasa duración de esas construcciones mezquinas, en las innobles reparaciones que padecen incesantemente. Multiplicad el gasto de casa casa por su número, y estaréis en situación de pronunciaros *.

Description du Phalanstère et considérations sociales sur l'architecture, Librairie sociétaire, París, 2.ª edición, 1848 (págs. 39-40, 47-48, 56-68, 80, 83-84, 88-89).

ÉTIENNE CABET

1788 - 1856

Cabet, a quien Marx atribuye la invención del «comunismo utópico», desarrolló la visión de un socialismo de Estado en el Viaje por Icaria (1840) del que afirmaba, en el año de su muerte, que «es en realidad una descripción de la organización social y política de una comunidad; es un tratado científico y filosófico»¹.

El Viaje describe largamente la capital, Icara, y la ordenación de las otras ciudades. L. Mumford ha podido justamente ver en este libro una proyección de la obra administrativa y centralizadora de Napoleón, y una idealización de París. Sin embargo, Icara simboliza mucho más las ideas progresistas de la época. Es, en primer lugar, una consecuencia de la revolución industrial² de la que derivan los principios de racionalización, de higiene, de clasificación; y debe relacionarse con los modelos de Owen³ (quien, por otra parte, había influido sobre Cabet en Inglaterra), de Fourier y de Considérant. Como en estos autores, las ideas de eficacia y rendimiento desempeñan un papel impor-

1. *Une colonie icarienne aux Etats Unis*, París, 1856.

2. «Sí, la máquina lleva en sus entrañas mil pequeñas revoluciones y la gran revolución social y política.» *Voyage en Icarie*, 2.ª ed., pág. 469.

3. Por el papel que se concede a la educación y por la crítica del trabajo industrial.

tante, y son ellas, y no un cesarismo inconsciente, las que justifican la severidad de los sistemas de coacción y de represión propuestos por Cabet.

Éste pasó los últimos años de su vida en los Estados Unidos donde trató de realizar, con algunos emigrados europeos, unas comunidades comunistas, construidas de acuerdo con el modelo de su Icaria.

ICARIA

I. DESCRIPCIÓN DE ICARA, CAPITAL DE ICARIA

Regularidad y geometrismo

—¡Ved! ⁴, la ciudad, casi circular, está dividida en dos partes más o menos iguales por el *Tair* (o el *Majestuoso*) cuyo curso ha sido canalizado entre dos muros en línea casi recta, y cuyo lecho ha sido excavado para recibir los navíos que llegan por el mar.

El puerto, sus conchas, y los almacenes que forman casi una ciudad entera.

En medio de la ciudad, el río se divide en dos brazos, que se alejan, se acercan y se reúnen de nuevo siguiendo la dirección primitiva, de manera que forman una isla circular bastante grande.

Esta isla es una plaza, la plaza central, con árboles plantados, en medio de la cual se alza un palacio que

4. El relato que constituye el *Voyage* incluye numerosos diálogos, de los cuales éste es un ejemplo: el imaginario autor, Lord William Carisdall, habla en primera persona. En otro lugar, cita las cartas que escribe desde Icaria; de una de esas cartas hemos tomado, más adelante, los pasajes que se refieren a la «ciudad-modelo».

encierra un vasto y soberbio jardín elevado, en forma de terraza, de cuyo centro surge una inmensa columna coronada con una estatua colosal que domina todos los edificios. A cada lado del río, observaréis un ancho muelle bordeado de monumentos públicos.

Alrededor de esta plaza central y lejos de ella, podéis distinguir dos círculos, uno de veinte y otro de cuarenta que corresponden a otras plazas, que casi a la misma distancia unas de otras y dispersadas por toda la ciudad.

Las calles son completamente derechas y anchas. Hay cincuenta calles grandes que cruzan la ciudad paralelamente al río, y cincuenta que la cruzan perpendicularmente. Las demás son más o menos largas. Las que están punteadas en negro, y que llegan juntas a las plazas, *tienen árboles*, como los bulevares de París. Las diez grandes señaladas en rojo, son *calles de hierro*; todas las amarillas son *calles con carriles* artificiales y las azules son *calles con canales* ⁵.

—Y, ¿qué son —le pregunté— esas bandas rosas, anchas y largas, que veo por todas partes, entre las casas de dos calles?

—Son los *jardines* que se encuentran en la parte de atrás de esas casas. Os los enseñaré inmediatamente.

Unos barrios...

Prestad primero atención a esas masas que se distinguen por unos ligeros tintes de todos los colores y que comprenden toda la ciudad. Hay sesenta; son sesenta *barrios* (o *comunas*), más o menos iguales, y cada uno representa la superficie y la población de una ciudad comunal corriente.

5. Para la explicación de estos términos, ver págs. 156-157-158.

bien diferenciados...

Cada barrio lleva el nombre de una de las sesenta principales ciudades del mundo antiguo y moderno, y reproduce en sus monumentos y en sus casas la arquitectura de cada una de las principales sesenta naciones. Encontraréis, pues, los barrios de Pekín, Jerusalén y Constantinopla, así como los de Roma, París y Londres; de suerte que Icara es realmente un compendio del universo terrestre.

...y clasificados

¡Veamos el *plano* de uno de esos *barrios*! Todo lo que aparece coloreado son edificios públicos. La escuela, el hospicio, el templo. Los rojos son grandes talleres, los amarillos, grandes almacenes, los azules son los lugares de asamblea, los violetas, los monumentos.

Observad que todos esos edificios públicos están distribuidos de tal forma que hay alguno en cada calle, y que todas las calles comprenden el mismo número de casas con unos edificios más o menos numerosos y grandes.

He aquí ahora el *plano de una calle*. Dieciséis casas a cada lado, con un edificio público en medio y otros dos en los dos extremos. Las dieciséis casas exteriormente son parecidas, de modo que se combinan para formar un solo edificio. Pero ninguna calle se parece a las demás *.

En las *asambleas*, el pueblo ejerce todos sus derechos *, realiza sus elecciones y sus deliberaciones *. Para facilitarle el ejercicio de esos derechos, el territorio se divide en 100 pequeñas *provincias*, subdivididas en 1.000 *comunas* aproximadamente iguales en superficie y en población *.

Política y progresismo

Para que se pueda profundizar completamente en cada discusión, la Representación popular y cada asamblea comunal, es decir, el pueblo entero, se divide en 15 comités principales, de *constitución*, de *educación*, de *agricultura*, de *industria*, de *alimentación*, de *vestido*, de *vivienda*, de *estadística*, etc. Cada gran Comité comprende pues 1/15 parte de la masa de los ciudadanos; y toda la inteligencia de un pueblo de hombres educados e instruidos está continuamente en acción para descubrir y aplicar todas las mejoras y todos los perfeccionamientos.

Nuestra organización política es pues una *república* e incluso una *democracia* casi pura.

II. MÉTODO DEL MODELO

La idea de un modelo

Como quiera que todos los ciudadanos deben alojarse del mismo modo y lo mejor posible dentro de la comunidad, la representación popular decidió que, en nombre del pueblo, se concedería una magnífica recompensa y un *busto* en todas las casas de la república, a quien presentase el *plano de una CASA modelo* que fuese la más perfecta desde todos los puntos de vista.

Y, cuando todos los planos fueron juzgados en un *concurso* público, la representación popular adoptó el plano premiado, y ordenó que a partir de aquel momento las casas de la comunidad se construyeran de acuerdo con aquel plano.

Y cada cual comprendió que de ahí resultaba la inapreciable ventaja de que todas las puertas, las venta-

nas, etc., serían iguales y de que todas las piezas que forman una casa, una granja, un pueblo y una ciudad podrían prepararse en grandes cantidades *.

Se obtuvieron incluso los planos-modelo de una *granja*, de varios *talleres*, de los *hospitales*, de las *escuelas*, etc.

Otro tanto se hizo con los *muebles* y con cada *clase* de *muebles*.

Como quiera que todas las ciudades de la comunidad debían ser semejantes, se ofreció una inmensa recompensa y una *estatua* en todas las comunidades a quien presentara el plano de la *ciudad-modelo* más perfecta.

Y otro tanto por lo que se refiere a las *ciudades-provinciales*, a la *capital* y a todos los *monumentos* *.

A. La ciudad modelo ⁶

Higiene física

No te hablaré de las precauciones tomadas con respecto a la *salubridad*, a la libre circulación del *aire*, a la conservación de su pureza e, incluso, a su purificación. En el interior de la ciudad, no hay cementerios, ni manufacturas insalubres, ni hospitales: todos estos establecimientos están en los extremos, en lugares aireados, donde haya agua, o en el campo.

Nunca podré indicarte las precauciones que se han tomado para la *limpieza* de las calles. Es muy sencillo que las aceras se barran y se rieguen todas las mañanas, y que siempre estén perfectamente limpias; las calles están adoquinadas o construidas de tal manera que las aguas no se estancan, ya que a cada paso en-

cuentran aberturas por donde escapar a unos *canales subterráneos*.

El *barro*, recogido y barrido con ayuda de instrumentos ingeniosos y cómodos, no sólo es arrastrado a los mismos canales por las aguas de las fuentes, sino que se emplean todos los medios que puedas imaginar para que se forme la menor cantidad posible de barro y *polvo*.

Circulación

¡Contempla en primer lugar la construcción de las calles! Cada una tiene ocho *carriles* de hierro o de piedra para que circulen los coches de cuatro en fondo: dos pueden ir en un sentido y dos en el otro. Las ruedas no salen nunca de esos carriles y los caballos no salen nunca de la acera intermedia. Las cuatro aceras están empedradas con piedras o guijarros, y las demás bandas de la calle están soladas con ladrillos. Las ruedas no forman barro ni levantan polvo, los caballos casi nada, ni tampoco las máquinas que van sobre ruedas, como el tren.

Observa, además, que todos los grandes talleres y almacenes están situados a orillas de las calles-canales y de las calles-ferrocarril; que los *carros*, siempre poco cargados, pasan sólo por esas calles; que por las calles con carriles sólo circulan ómnibus, y que, incluso, por la mitad de las calles de la ciudad, no circulan ni ómnibus ni carros, sino sólo cochecitos tirados por grandes perros que realizan el reparto diario entre las familias.

Jamás se tira a la calle la basura de las casas o de los talleres; nunca se transporta por las calles paja, ni heno, ni estiércol, dado que todas las cuadras y sus almacenes están en los extremos; todos los carros y to-

de lo que contienen se puede escapar, y las descargas se hacen con unas máquinas que no ensucian la acera ni la calle.

Unas *fuentes* situadas en todas las calles proporcionan el agua necesaria para eliminar el polvo y refrescar el aire.

Como ves, todo está dispuesto para que las calles estén naturalmente limpias, sean poco cansadas⁷ y fáciles de limpiar.

La ley (quizás te echas a reír, pero acabarás por admirarlo), la ley ha decidido que el peatón esté *seguro* *.

Climatización

Los peatones están incluso protegidos de la intemperie; porque todas las calles están dotadas de *aceras* y todas las aceras están cubiertas con *cristales*, de modo que protegen de la lluvia sin privar de la luz, y con telas móviles que protegen del calor *.

La precaución ha llevado incluso a construir, de trecho en trecho, unos *refugios* cubiertos, bajo los cuales se paran los ómnibus para subir y bajar los pasajeros sin temor a la lluvia ni al barro *.

Higiene moral

Aquí no verás ni tabernas ni ventorrillos, ni cafés, ni cafetines, ni bolsa, ni casas de juego o de lotería, ni lugares para vergonzosos o culpables placeres, ni cuarteles ni cuerpos de guardia, ni policías, ni soplones, ni mujeres públicas, ni rateros, ni borrachos ni mendigos; pero descubrirás por todas partes unos EXCUSADOS, tan elegantes como limpios y cómodos, unos

7. *Sic.*

para mujeres y otros para hombres; en ellos puede alojarse un momento el pudor sin temer por él ni por la decencia pública.

Standardización de los anuncios

No tendrás siquiera el placer o la molestia de ver tantos *rótulos* y letreros sobre las puertas de las casas, ni tantos anuncios y *carteles* de comercio, que casi siempre afean los edificios; verás hermosas *inscripciones* en los monumentos, en los talleres y en los almacenes públicos, y también todos los anuncios útiles, magníficamente impresos en papeles de diversos colores, y dispuestos por los carteleros de la república en cuadros destinados a tal uso, de manera que esos mismos anuncios contribuyan al embellecimiento general.

Supresión del pequeño comercio

No verás tampoco esas ricas y elegantes tiendas de toda clase que se ven en París y en Londres en las calles comerciales. Pero, ¿qué son las más bellas de esas tiendas, los más ricos de esos almacenes y bazares, los más grandes de esos mercados y ferias, comparados con los talleres, las tiendas, los almacenes de Icara! Figúrate que todos los talleres y tiendas de orfebrería o de joyería, por ejemplo, de París o de Londres, se reuniesen en uno o dos talleres y en una o dos tiendas; figúrate que ocurriese lo mismo con todas las ramas de la industria y del comercio, y dime si las tiendas de joyería, de relojería, de flores, de plumas, de paños, de modas, de instrumentos, etc., etc., no eclipsarían a todas las tiendas que existen en el mundo; dime si no experimentarías tanto, o, quizás, más placer al visitarlas que cuando recorres nuestros museos y nuestros

monumentos artísticos. Pues bien: esos son los talleres y las tiendas de Icara! *

B. La vivienda modelo

—Cuando supe que Icar había hecho detener el *plan-modelo* de una casa, tras haber consultado al *comité* de vivienda y a todo el pueblo, tras haber hecho examinar las casas de todo el país, esperé ver una casa perfecta en todos sus aspectos, sobre todo en lo referente a la comodidad y la limpieza; sin embargo, mi expectación fue incluso superada *.

Casa individual

Cada casa tiene cuatro pisos, sin contar la planta baja; y tres o cuatro o cinco ventanas a lo ancho.

La planta baja está situada sobre los sótanos, las leñeras y las carboneras cuya base se encuentra a cinco o seis pies por debajo de la acera y la bóveda a tres o cuatro pies por encima *. La madera, el carbón y todo lo demás se transporta de los coches a las piezas subterráneas por medio de máquinas, sin tocar siquiera * la acera *.

Luego *, todos esos objetos se suben en cestos o en vasijas a la cocina y pisos superiores, a través de unos boquetes abiertos en la bóveda, por medio de máquinas *.

En la planta baja * un comedor, una cocina y todas sus dependencias *, una sala de baño, con una pequeña farmacia; un cuarto de trabajo para los hombres y otro para las mujeres; un corralito para las aves, un

cuarto para las herramientas de jardinería, y el jardín en la parte de atrás *.

El primer piso dispone de un gran salón. Las demás habitaciones son dormitorios *.

Todas las ventanas se abren hacia dentro y están dotadas de balcones *.

Tejado-terraza

—¡Qué hermosa vista! —exclamé al llegar a una *terraza*, bordeada de una balaustrada y cubierta de flores, que corona la casa y forma incluso un jardín delicioso y distinto desde el que hay una vista magnífica.

—En las hermosas noches de verano —dijo la patrona— casi todas las familias se reúnen en sus terrazas para tomar el fresco, mientras cantan, tocan música o cenan *.

Hay otra terracita provista de flores situada sobre la galería que cubre la acera, y las flores de casi todos los balcones aumentan la gracia de la habitación y perfuman el ambiente *.

Equipo higiénico

No hay precaución que no se haya adoptado en cuanto a la limpieza. Las partes bajas, las más expuestas a la suciedad, están revestidas de una *porcelana* barnizada o de una pintura que escupe la suciedad y que se lava fácilmente. Las AGUAS potables y no potables, traídas desde unos depósitos altos y subidas hasta la terraza superior, se distribuyen por medio de tubos y grifos por todas las plantas e, incluso, por todos los pisos, o son proyectadas con fuerza por *máquinas lavadoras*, mientras que todas las aguas sucias y todas las inmundicias son arrastradas, sin que queden

estancadas ni expandan mal olor, a unos anchos tubos subterráneos situados bajo las calles. Los lugares naturalmente más desagradables son aquellos a los que el arte ha dedicado mayores esfuerzos para preservar de todo lo molesto; pero en la república una de las más hermosas estatuas, destinada a eternizar el nombre de una mujer que inventó un procedimiento para eliminar los olores fétidos, está en todas las casas, sobre la puerta de un cuartito encantador.

Incluso el *barro* que los pies pueden traer del exterior es objeto de una atención particular. Independientemente de que las aceras estén extremadamente limpias, una infinidad de pequeños cuidados impiden que un pie sucio manche los pisos; el umbral de la puerta o de la escalera. La educación impone a los niños, como uno de sus primeros deberes, la limpieza ante todo *.

¡Eso es una casa de Icaria! Y todas las casas de las ciudades son exactamente iguales en su interior; y cada una de ellas está habitada por una sola *familia*.

Las casas son de tres tamaños; de tres, cuatro o cinco ventanas en la fachada, según se destinen a familias de menos de doce personas, de veinticinco o de cuarenta. Cuando la familia es más numerosa (cosa que sucede con frecuencia), ocupan dos casas contiguas que se comunican por una puerta interior; como las casas son parecidas, la familia vecina cede normalmente de buen grado su casa para ocupar otra, o bien el magistrado les obliga a hacerlo en caso de negativa, a menos que la familia numerosa pueda encontrar otras dos casas contiguas que estén vacías.

C. El mobiliario modelo

En este caso, dado que los muebles son exactamente iguales, como las casas, cada familia no se lleva más que algunos efectos personales, y deja su casa amueblada para tomar otra igualmente amueblada *.

Ordenación

Todos estos pisos están provistos de *alacenas*, armarios, aparadores, estantes, etc., y todas las paredes están dispuestas de manera que esos muebles estén inmóviles, incrustados, apoyados o aplicados. Los muebles no consisten más que en unos estantes interiores o en unos cajones con puertas por delante y, a veces, con unos anaqueles por encima, lo cual proporciona una enorme economía de trabajo y de materiales *.

Sabíamos que cada uno de los muebles había sido aprobado por una ley, y que había sido fabricado y suministrado por orden del gobierno, y que cada familia tenía una especie de *atlas* o de gran cartera que contenía la lista o el inventario de ese *mobiliario legal*, con grabados y láminas que describían la forma y la naturaleza de cada objeto.

Pedimos ver ese curioso libro, y lo examinamos con tanto placer como interés.

—Cada uno de estos muebles —nos dijo la patrona— ha sido elegido entre millares de la misma especie, y se ha adoptado en un concurso, sobre la base de un *plan modelo*: hemos preferido el más perfecto desde el punto de vista de la comodidad, de la sencillez, de la economía de tiempo y de materiales; en fin, de la elegancia y de la gracia: ¡vea el resultado! *

—Esta uniformidad no cansa —añadí.

—En primer lugar —dijo la dama— es un bien

inapreciable, incluso una necesidad, y la base de todas nuestras instituciones; en segundo lugar, se combina en cada sitio según una *variedad* infinita. Mire: en esta casa como en todas las demás, no hay dos habitaciones, dos puertas, dos chimeneas, dos papeles, dos alfombras que se parezcan; y nuestros legisladores han sabido combinar todas las bellezas de la *variedad* con todas las ventajas de la uniformidad.

Voyage et aventures de Lord William Carisdall en Icarie, traduits de l'anglais de Francis Adams (E. Cabet) par Th. Dufruit, ediciones H. Souverain, París, 1840. Las páginas indicadas corresponden a la segunda edición, de 1842 (pág. 20-22, 365-366, 41-43, 44-46, 63-69, 71).

PIERRE-JOSEPH PROUDHON
1809 - 1863

Du Principe de l'Art et de sa destination sociale se vio interrumpido por la muerte de Proudhon. Redactado a toda prisa, con ayuda de materiales absurdos, por un autodidacta que confesaba: «está por encima de mis fuerzas, pero la cosa está en marcha y no puedo echarme atrás»¹, el libro consagra sus capítulos más interesantes a Courbet y al problema del realismo.

Encontramos en la obra un capítulo sobre los «Monumentos y modernos embellecimientos de París», que abunda en las contradicciones y en los temas pequeño burgueses característicos de Proudhon, pero que descansa sobre tres ideas del urbanismo progresista: necesidad de una lucha contra la nostalgia por el pasado con el fin de promover una forma global de existencia moderna; necesidad de una racionalización del medio de comportamiento y papel de la industria dentro de la nueva ciudad².

1. Correspondencia, t. XIII, pág. 132.

2. «El ingeniero admira en una máquina la solidez, la economía de resortes; en una palabra, la idea; la incorporación de alguna moldura a las piezas, unos detalles de elegancia, de embellecimiento... no significan nada para él. Su ideal reside en la precisión de la fórmula, en su aplicación exacta y feliz. Si acudís a las exposiciones de la industria, comprobaréis que resultan tan brillantes que eclipsan a las exposiciones de pintura y de escultura; ¿cuál es el ideal de esos industriales, de esos manufactureros, de esos metalúrgicos...?: la calidad superior del producto, la reducción al mínimo de los gastos de producción».

MONUMENTOS DE PARÍS

Peligros de la ciudad-museo

Corresponde a la dignidad de un pueblo civilizado tener museos antiguos. Esto concierne a la historia, al sentimiento de nuestro progreso, a la inteligencia del arte en sus diversas épocas y, por consiguiente, en la nuestra, al sentimiento de solidaridad con nuestros antepasados.

Apruebo, por tanto, las restauraciones de catedrales o de palacios, siempre y cuando los gastos no sean muy elevados; apruebo la adquisición de estatuas. Poned esos objetos en vuestros museos, en vuestros salones, en vuestros patios y jardines; pero no los pongáis en vuestras plazas públicas, porque en ellas sólo tienen derecho a figurar los monumentos nacionales.

¿Qué hace el obelisco de Luksor en la plaza de la Concordia? * Habría que ponerlo en el centro del patio del Louvre *.

¿Qué pueblo tan singular somos! Hemos ido a buscar, con grandes gastos, tras pedir permiso al pachá egipcio, árabe o turco, al pachá que se ríe de las antigüedades, uno de los obeliscos del templo de Luksor; lo hemos levantado en medio de la plaza de la Concordia, donde resulta tan extraño como un reclinatorio en la sala de la Bolsa; y hemos tenido buen cuidado de poner en el pedestal de este singular monumento, a un lado, una inscripción que indica el año y el reinado bajo el cual se trajo el obelisco; y, al otro, la figura de las máquinas que se emplearon para su erección. De tal suerte que parece que hemos transportado el obelisco a París únicamente para darnos el placer de ver como un ingeniero, salido de nuestra Escuela Politécnica, conseguía levantarlo. No pongo, por supuesto, la civilización francesa por debajo de la de los egipcios de Se-

sostris; pero me cuesta trabajo imaginar que éstos hubiesen sido capaces de tamaña burrada... Así, que en esta plaza revolucionaria, que ha cambiado dos o tres veces de nombre, en la que tantas grandes escenas se han desarrollado, sólo hemos sabido levantar dos fuentes mitológicas, bastante bonitas, por otra parte, y un obelisco egipcio...

Nuestro arte es como un baratillo. Hacemos de una iglesia un panteón de hombres ilustres; inscribimos sobre el frontispicio de esta iglesia una dedicatoria usurpatoria y falsa; porque la iglesia de Soufflot fue dedicada a Santa Genoveva y era la segunda catedral de París. Por el contrario, convertimos el templo de la Gloria, paralelogramo imitado de los griegos, en una supuesta iglesia (la Magdalena), sin campanas, sin capillas, sin reloj, sin forma cristiana. El conjunto de nuestros monumentos denota un pueblo cuya conciencia está vacía y cuya nacionalidad está muerta. No tenemos nada en la conciencia, ni fe, ni ley, ni moralidad, ni filosofía, ni sentido económico; sólo nos queda fasto, pura arbitrariedad, contrasentido, disfraz, mentira y voluptuosidad *.

Hacia una ciudad funcional

Lo mejor de los adornos de París son, junto con el mercado central, del que hablaré inmediatamente, los *squares* de importación inglesa y los bancos de los bulevares, iniciativa que tampoco es nuestra. En 1858, no había ni un banco en París; por la misma época, los encontré por todas partes en Bruselas *.

Si el valor decorativo de un monumento consiste en que su fachada revele a qué fin se destina, las dos obras maestras de la arquitectura de París son, sin lugar a dudas, la cárcel de Mazas y el mercado central *.

El mercado central causó un gran escándalo entre

los académicos, alumnos y maestros. En efecto, se habían eliminado las columnas, las pilastras, las cornisas, los áticos; no había capiteles, ni modillones, ni orlas, ni estatuas, ni bajorrelieves, sino piedra en los cimientos, hierro desde el suelo hasta la cubierta, tejado de cristal y de zinc; nada de esto había sido previsto ni por el Instituto ni por la Escuela. Por esta razón, el mercado central era un monumento nacido de la barbarie; era un robo perpetrado a los artistas, que son los propietarios de los trabajos de la ciudad y del Estado; una usurpación de poder por parte de los modestos dibujantes, modeladores y fundidores de la fábrica de Mazières.

Pero el público se ha alineado al lado de los industriales, frente a los artistas. Y tiene razón. El ideal de un mercado, en el que se amontonan unas materias que se descomponen rápidamente, sería estar a cielo abierto; pero, como sea que la inclemencia de nuestro clima no lo permite, lo mejor sería que la cubierta estuviese en alguna medida suspendida arriba, mediante alguna sujeción, como una lámpara cuelga del techo; al faltar un punto de apoyo, se puede recurrir a unas columnas que soporten el techo, pero que ocupen el menor lugar posible; mucho aire, mucha agua: éste era el programa utilitario, sanitario. El ingeniero del mercado central lo comprendió: nada sobra en su monumento; buscaba tan sólo lo sencillo y encontró lo grandioso. Da lo mismo que los académicos prefieran un amontonamiento de piedras, más o menos simétrico, sin aire, sin luz, con el tifus flotando permanentemente, como sucede en esa especie de bastilla o de cárcel que todavía subsiste frente a la iglesia de San Eustaquio, o como también ocurre en los demás mercados de París, rodeados de muros: el público sabe ahora lo que puede y lo que debe ser un monumento de utilidad pública, y no será engañado por los charlatanes de la forma y del ideal, que carecen de conciencia y de ideas.

La meta del arte consiste en enseñarnos a mezclar lo agradable con lo útil en todas las cosas de nuestra existencia; en hacer que de esta manera aumente para nosotros la comodidad de los objetos y, de ahí, nuestra propia dignidad.

Acerca del hábitat individual

Lo primero que debemos cuidar es la *vivienda*. El pueblo ha de estar bien alojado, lo cual es tanto más conveniente cuanto que es soberano y rey.

Sin embargo, la vivienda del ciudadano, del hombre medio no se ha encontrado todavía. No tenemos el *mínimum* de vivienda, como no tenemos el *mínimum* de salario. Los artistas piden trabajo; es decir, palacios, iglesias, museos, teatros, *monumentos*; su arte no ha logrado darnos viviendas; por el contrario, el lujo de los edificios que nos imponen se ha convertido en un auxiliar de la miseria *.

Dejo a un lado la cuestión del bajo precio, sin el cual la vida no es más que una servidumbre. Si la república no es el derecho —me decía un buen hombre— me río de la república. Me refiero al arte y a las ciudades: si el arte y los ediles no son capaces de darnos viviendas baratas, me río de la arquitectura y de los ediles. Sin embargo, todavía estamos lejos de conseguirlo.

En vano ponemos en esas casas monstruosas un mobiliario más o menos suntuoso y artístico: aparadores, armarios, mesas esculpidas, cuadros, estatuillas, pianos, etc. ¡Qué hermosa compensación: tomamos la ficción por realidad!

Daríais el museo del Louvre, las Tullerías, Notre-Dame con tal de poder vivir en mi casa, en una casita hecha a mi gusto, en la que estuviera solo, en el centro de un cercado pequeño, no mayor que un décimo de hec-

tárea, y donde hubiera agua, sombra, césped y silencio. Si se me ocurriese colocar una estatua, no sería ni un Júpiter ni un Apolo: no sabría qué hacer con esos señores; ni vistas de Londres o de Roma, ni de Constantinopla o Venecia. ¡Dios me libre de estar en sitios semejantes! Pondría lo que me falta: la montaña, las viñas, los prados, las cabras, las vacas, los corderos, los segadores y los pastorcillos.

¿Cómo no alcanzamos a ver que esa profusión de obras de arte, de monumentos de arte, no tiene otra finalidad que mantenernos en nuestra indigencia? Si nuestra educación estuviese acabada, si ejerciésemos nuestros derechos, si viviésemos una vida libre, ¿tendríamos acaso necesidad de escuelas de arte y de premios de Roma? ¿No nos produciría horror el nuevo París? Nos apretamos el cinturón y, a falta de consumiciones más reales, nos alimentamos con espectáculos.

Lo que no hemos sabido realizar es una aglomeración de mil pequeños propietarios que vivan en su propia casa y que exploten, cultiven, valoricen cada cual su patrimonio, su industria y sus capitales, que se administren y se juzguen por sí mismos; ésta es la verdadera obra política, al lado de la cual, las demás son simplemente accesorias.

Artistas, profesores y sacerdotes, académicos y filósofos: todos por igual cumplen con su deber; se han convertido en instrumentos de la miseria y de la depresión.

Du principe de l'art et de sa destination sociale par P. P. Proudhon, Garnier Frères, París, 1865 (págs. 338, 345, 348-350, 352-353).

BENJAMIN WARD RICHARDSON 1828 - 1896

Médico inglés, autor de una serie de trabajos científicos notables por su diversidad y originalidad, investigó sobre la coagulación de la sangre (The Cause of Coagulation of the Blood, 1858), la fisiología (On the Hygienic of Pulmonary Consumption, 1856) y la anestesiología (On a Local Anesthesia by Ether Spray) —campo en el cual llegó incluso a inventar algunos aparatos de reanimación—. Sus trabajos sobre toxicología figuran entre los primeros que pusieron en evidencia los efectos nocivos del alcohol y del tabaco. Publicó igualmente una obra sobre las Enfermedades de la vida moderna (1875). Se interesó, en fin, particularmente, por la epidemiología y por la higiene.

Le debemos la creación del Journal of Public Health and Sanitary Review (1855-1859) y de la Social Science Review (1862). Su utopía Hygeia (1876), inspirada formalmente por la Utopía de Th. More, fue al principio una comunicación al congreso de 1875 de la Social Science Association cuya sección de Salud presidía: había preparado inicialmente un informe sobre las estadísticas de mortalidad, pero, en el último momento, prefirió una memoria más suave sobre los medios que preconizaba para luchar contra el deplorable estado sanitario de las grandes ciudades.

Hygeia alcanzó inmediatamente una difusión masiva.